

LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

LA MUJER.

ESTUDIOS MORALES,

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

ARTICULO NOVENO.

Conclusion del Diario de Magdalena.

¡Gracias, Dios mio, por haberme inspirado la fortaleza que tanto necesito, y que me abandonó completamente en los primeros dias de mi desgracia!

¿Qué hubiera sido de mí sin tu auxilio, Dios de bondad? Tú que das la fortuna y la quitas, das tambien fuerzas para sufrir las mudanzas de nuestro destino.

Ya estoy mas tranquila: la oracion continua ha traído á mi espíritu la calma que necesitaba: he recobrado la facultad de reflexionar que habia perdido por completo.

Mi esposo vive, aunque privado para siempre de la razon que la injusticia de los hombres le ha arrebatado!... Yo le amo tanto, sin embargo, que siento una especie de placer melancólico al pensar en que ya lo soy todo para él en este mundo.

Al mirarme se animan sus tristes ojos con una espresion de bienestar: aun me sonríe... ¡Oh, Raimundo mio! Mucho debiste amarme cuando aun hoy, á través de las nieblas de tu cerebro, penetra el rayo bienhechor de tu cariño! Mucho, si, mucho te amo tambien yo, cuando todavía encuentro fuerzas para vivir por tí!

Pero ¿y mis hijas? ¡Oh! ¿Qué seria sin mí

ENERO.

de estas criaturas? Pobres hijas mías! Dios, me conservará para vuestro padre y para vosotras!..

Ya estoy en mi pequeña casita: tengo arreglados mis reducidos gastos para que nada falte á Raimundo ni á mis niñas... yo trabajaré; y ¡con qué animo!... Siempre ha sido mi delicia el bordar, y ahora lo estaré haciendo llena de placer todo el dia, porque pensaré en que el producto de mi obra va á proporcionar alguna comodidad á estos seres que me son tan queridos!

¡Dios mio! Desde hoy todas mis súplicas se fundarán en una, en una sola, para pedirte con todo el fervor de mi alma que me conserves la salud!

El noble y hermoso Sultan parece que conoce, con el admirable instinto de su raza, que la desgracia pesa sobre sus amos: se ha vuelto mas cariñoso y dócil y á sus locos juegos ha reemplazado una tranquila gravedad.

Angela le acaricia sin cesar y el pobre animal la quiere con idolatría. Rosa le tira de sus largas orejas y él se contenta con gemir lamiéndola las manos.

Raimundo le acaricia tambien: su locura ha degenerado en una atonía moral, silenciosa y apática, pero á través de la cual se descubre una melancolía desgarradora.

¡Cuán lindo se ha puesto nuestro jardinillo! ¡Cuán bellas están mis hijas! Qué bien me encuentro en esta pequeña y pobre casita! ¡Ah! Si Raimundo recobrara la razon y la salud no cambiaria mi pobreza, por la mas rica y fastuosa opulencia: si aun fuese mio su amor, si yo oyese su grave y armoniosa voz, como en dias mejores, si me alentase su sonrisa, seria muy feliz todavía!

El amor es el único sentimiento que embelece la vida de la mujer si está unido á la virtud y á la religion: no importa que la aquejen desgracias ó que el destino enemigo siembre de espinas el camino de su existencia: la mujer será dichosa siempre que el amor sonría á través de sus dolores.

Rosa ha salido desde ayer del poder de su nodriza: ya es mia! mia enteramente. Mi pobre Angela, que solo cuenta tres años me sirve ya para jugar con ella y entretenerla.

Esta niña tiene un carácter adorable: es una de esas suaves criaturas que aparecen rara vez sobre la tierra y cuya salud es siempre débil, como si la tierra no diese á sus almas bastante aire y luz para vivir y alegrarse.

El carácter de Rosa creo que ha de ser enteramente opuesto y que me hará sufrir mucho: una madre no se engaña jamás en sus previsiones

Cerca de un año hace que apenas escribo cada noche en mi diario: mi existencia es igual y monótona, aunque no infeliz; pero ay! en vano he esperado dia tras dia, hora tras hora, el ver lucir de nuevo una chispa de razon en los ojos de Raimundo! Ya he perdido completamente esa esperanza, firme y rebelde que resiste á todo, y que solo es hija de una profunda pasion.

Todavía, sin embargo, soy feliz al mirar la noble y hermosa figura de mi esposo, enflaquecida por los sufrimientos: todavía paso largas horas contemplando, como en mis dias alegres, su hermoso rostro, iluminado vagamente por una sonrisa melancólica, y tranquila. Cuando Raimundo queda dormido en su lecho, despues de haberle acostado yo y de haber llamado el sueño sobre sus párpados con una de sus melodías favoritas, entonces, me siento á su cabecera y durante algun tiempo contemplo su rostro tan hermoso, tan noble y lleno de atractivos.

Si despierta cuando yo estoy junto á él, dibújase en sus labios la sonrisa de bienestar que le es habitual y se duerme de nuevo tranquilamente, pero dos ó tres veces que ha despertado estando solo ha pasado en vela el resto de la noche.

¡Oh! mi amado Raimundo! Pluguiese al cielo aceptar la mitad de mi vida, á trueque de vivir junto á tí la otra mitad y de que recobrases la razon!

El carácter de Rosa va empeorando cada dia: es voluntariosa y soberbia y nada puedo

conseguir con la dulzura cuando me determino á ensayarla: lejos de eso, sus caprichos y exigencias crecen entonces y he llegado á convencerme con sumo dolor de que no hay mas medios que usar de una firme severidad para vencer su carácter díscolo, resuelto y antojadizo.

Debo, pues, poner en accion los medios que yo considero eficaces para su correccion; pero ¡oh! ¡cuánto van á costar á mi amante corazón de madre!

Angela, por el contrario, es cada dia mas sufrida y dulce, pero tambien mas melancólica: jamás le impacientan los caprichos y los raptos de cólera de su hermana, mostrándose siempre tranquila y resignada.

El contraste que forman mis hijas me ha hecho aprender con claridad una cosa que yo, hasta hoy, solo habia adivinado vagamente: es, que la prudencia y dulzura dan á la criatura una infinita superioridad sobre los malos caracteres: el sufrimiento ciñe la frente de una corona, que, aun en las purísimas sienes de mi hija, impone ya respeto!

El estado de Raimundo es cada dia mas deplorable y no pocas veces falta á mi pecho el aliento, y el valor á mi corazón.

¡Oh, Dios mio! Si no me hubieras hecho madre, con cuanto afan te pediría que me sacases de este mundo al mismo tiempo que te llevases al hombre que me deparaste por compañero! mas este pensamiento, que surge á veces en mi imaginacion como una imagen de consuelo, debe ser rechazado por mi razon como un crimen!

Dios me otorgue fuerzas para emplear con mi hija todo el rigor que necesita! Virgen mia, madre de bondad y de misericordia! Ruega á tu divino hijo que tome en desquite los dolores, que esta niña me causa, para aliviar los dolores de su padre, que aumentan por momentos!

Hace cinco dias que mi hija sufre una privacion casi total de alimento, sin que haya podido doblegar su perversa índole y su carácter de acero: y, no obstante, su corazón es bueno... ¡Salvador del mundo! permite á una madre sin consuelo que repita las palabras que, en tu triste oracion, dirigiste postrado en el huerto á tu eterno padre.

¡Dios mio, si es posible, pase de mí este caliz!

Raimundo baja al sepulcro á pasos acelerados, y

dos, y esta verdad dolorosa, que yo sola creí haber adivinado, no está oculta tampoco al amante corazón de mi Angela.

¡Sublime instinto el de las almas tiernas! El ha hecho adivinar á esta niña que pronto va á quedar sin padre, y por eso llora ha tanto tiempo sin encontrar consuelo!

En vano he procurado hasta hace poco descubrir la causa de la melancolía que la devora y que ya iba siendo sobrado intensa, para tomarla por un afecto natural de su carácter meditabundo.

Por fin, ayer vi aclaradas todas mis dudas.

Estando Ángela conmigo en el cuarto de su padre me volví á mirarla sorprendida de su prolongado silencio.

¡Ah! Jamás podrá borrarse de mi memoria la espresion de la mirada que tenia clavada en su padre, y que reasumia todos los sufrimientos de su amante y generoso corazón: dos gruesas lágrimas se deslizaban por sus blancas mejillas.

¡Oh, hija mia! Nunca, hasta ese instante, habia comprendido lo que vales!

Al estrecharla entre mis brazos volví la cabeza hácia la puerta y vi asomada á ella la cabeza negra y enérgica de Rosa.

Yo creí columbrar con sus facciones una espresion de enternecimiento que nunca habia visto en ellas, y que hizo nacer una esperanza en mi angustiado corazón.

Haz ¡oh, Dios mio! que no salga fallida! . . .

Soy viuda!... y mis hijas huérfanas! Ya duermes el sueño eterno el hombre que tanto amé y de quien fuí tan amada!...

¡Madre de Dios! ¡Alcanza de tu hijo para esta desgraciada madre que la conceda fuerzas para soportar la vida! . . .

¡Bendito seas, Raimundo mio, pues hasta en tu muerte has amparado mi debilidad y has sabido hacer fecundo tu amor de padre!

La dura prueba, á que sometí á mi hija, ha sido tan eficaz como provechosa: he despertado el corazón de mi hija, que dormia con profundo sueño en lo mas recóndito de su pecho: la vista de la agonía de su padre y su último beso, helado ya por la muerte, han reanimado, ó por mejor decir, han hecho nacer su sensibilidad.

Tres dias hace que está delirando á impulsos de una fiebre nerviosa: en el estravío de su razón me llama para pedirme perdon de haber muerto á la pobre golondrina: llama á su padre, y luego llora amargamente diciendo que

Dios se lo ha llevado para castigarla de su crueldad.

¡Angela! Yo te arrebaté el último beso de tu padre para darlo á tu hermana! Pero tú, hija mia, eras ya un ángel y Rosa le necesitaba para ser buena.

Yo estoy bien cierta de que jamás me pedirás cuenta de él.

(Desde aquí se encuentran muchas hojas del diario llenas con la explicacion del método de vida de Magdalena y de la educacion admirable y ejemplar que dió á sus hijas, de la cual ya tienen conocimiento mis lectoras. Por lo tanto continuaré mi tarea desde el dia en que la desgraciada madre entregó á Angela y á Rosa el cuaderno que contiene la primera parte de sus memorias.)

.

Hoy es para mí un dia muy feliz: mi Angela cumple doce años y está hermosa y es buena hasta el extremo de llenarme de orgullo las alabanzas que todos la prodigan.

Rosa es quizá mas bella: aunque cuenta dos años menos que su hermana; es tan alta como ella y á pesar de que su carácter vivaz é impetuoso forma un marcado contraste con el de Angela, del mismo modo que lo forman sus rostros, la madre mas exigente seria feliz al mirarla.

Ya es buena, y su sensibilidad, si bien no es tan esquisita como la de Angela ni tiene ese carácter doliente y enfermizo por decirlo así, es viva y profunda.

Su actividad es prodigiosa sobre manera: el trabajo, lejos de cansarla, la divierte: el cariño que nos profesa á su hermana y á mí, es estremado.

Hoy recuerdo que, cuando me rendia fatigada al peso de mi desaliento que se apoderaba de mí al ver lo incorregible de su carácter, una voz secreta, emanada sin duda del Cielo, me decia estas palabras:

—¡Dios te premiará!

Entonces volvia el ánimo á mi espíritu abatido, que acabo de fortalecer con la oracion.

¡Raimundo! tú que estás al pié del trono de Dios, dale gracias por la conversion de tu hija y regocíjate de ella!

Esta mañana dí mi diario á Angela y Rosa: ese diario que encierra todos los pesares de mi niñez y de mi adolescencia: ese diario, en el cual espero que encuentren lecciones saluda-

bles, porque jamás he escrito una letra en él, sin rezar primero á Dios y á su Santísima Madre

Continuo mis memorias de esposa y madre para darlas á la primera de mis hijas que lleve estos títulos. Dios sabe que si hubiera cometido alguna mala accion la depositaria en este manuscrito, que quemaria antes de morir, pero que leería cada noche mientras viviese, para que me recordase mi culpa: pero, gracias á la bondad del cielo, mi corazon y mi conciencia están puros.

(Todo lo demás que pudiera estractar de este diario lo saben ya mis lectoras, pues se reduce á pintar los amores de Rosa y los medios empleados por su madre para combatirlos: pasaré pues en silencio las pocas hojas que quedan hasta llegar á la última página que voy á copiar íntegra.)

En el aposento de mi esposo.

He venido á esta habitacion, que es un templo para mí, á escribir estas solemnes palabras:

HOY CASO A MI HIJA.

¡Dios mio! Si no ha de ser dichosa, si ha de apartarse de la senda de la virtud, yo te lo ruego de rodillas, hiéreme de muerte, y deja aliento en mi pecho, antes de espirar, para que pueda prohibir á mi Angela que verifique este enlace! Yo sé que el precepto de su madre moribunda será inviolable para ella, y de este modo la evitaré que huelle el camino del mal, ó que su corazon se destroze con dolores, que ya no estará en mi mano evitarla!

Y tú, Raimundo mio; tú, á quien tanto he amado, á quien tanto amo todavía: tú, cuyo solitario lecho he conservado inmaculado y puro de otro amor; tú, que fuiste el redentor de mi desgracia y despues el amparo y el sosten de mi frágil vida; tú, que me has alentado desde el cielo en las duras pruebas porque he tenido que pasar desde que dejaste este mundo; tú, que me ves aquí postrada y que lees en mi alma como en un libro abierto; dime si obro bien entregando á Angela al hombre á quien su corazon ha elegido: si me engaño, si tú con tu mirada de bienaventurado ves en el alma de ese hombre desamor ó falsía, hazme una señal por la que pueda yo comprender tu aviso!

A las seis de la tarde.

He permanecido en oracion cuatro horas: hace dos que mis hijas se han unido á mí y

acompañan mis rezos: míralas, Raimundo, dulces y hermosas como esos ángeles moradores del cielo! Contempla á nuestra Rosa: el fatal amor que ardía en su corazon fué apagado por el influjo de tu recuerdo; no desoigas ahora el ruego que te dirige para que bendigas la felicidad de su hermana.

A las doce de la noche.

Acabo de dejar á Angela con su esposo y con su hermana y he venido á mi cuarto para escribir los últimos renglones en este diario que voy á darla.

Es el último que escribo: este servirá tambien para Rosa cuando se case, porque su hermana sabe que desde entonces será un bien comun para entrambas.

En cuanto á mí, ya no necesito continuar estas memorias, porque mi mision está cumplida sobre la tierra.

El dia en que haya entregado á mi Rosa al hombre que elija su corazon por compañero, debo dedicarme enteramente á rogar á Dios que me reuna con Raimundo en el cielo, para desde allí, velar por nuestras hijas, pedir al Señor que las haga felices, y conseguir de su infinita bondad que las guarde dos sitios á los pies de su trono de gloria.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

LOS TARTUFOS DE HOGAÑO.

ROMANCE.

Le ciel defend, de vrai, certains contentements,

Mais on trouve avec lui des accommodations.

MOLIERE. *Le Tartuffe.*

Que este siglo, mal que pese
á filósofos ceñudos,
es el siglo del progreso
no podrá negar ninguno.
Y no á la acepcion política,
que es la que está mas en uso,
límite yo esta palabra,
muletilla de tribunos,
pesadilla de retrógrados,
arsenal de dramaturgos,
pábulo de gacetas
y privilegiado asunto
que produce en pro y en contra
tan estupendos discursos.
No, nunca yo he presumido

de estadista y de repúblico;
 ni he querido hacer mi agosto
 con los civiles disturbios;
 ni en el piélago revuelto
 del político barullo
 pudiera mi débil barca
 hallar acertado rumbo,
 cuando tantos, que pretenden
 ser hábiles Palinuros,
 en los escollos naufragan
 que menospreció su orgullo.
 "A río revuelto, dice
 aquel proverbio vetusto,
 ganancia de pescadores;"
 mas, zape! zape! *abrenuncio!*
 que otro refrán castellano,
 aunque algo lo desfiguro,
 dice: "No se pescan truchas
 con los calzones enjutos."
 Lo malo es para el que, ageno
 de intrigas y de tumultos,
 ni farolea en la bolsa,
 ni en el periodismo es ducho;
 ni á costa de humillaciones
 trueca por bienes caducos
 la limpieza de su fama,
 la quietud de su tugurio;
 ni tiene el alma tan grande
 y tan á prueba de escrúpulos,
 que á todo trance suspire
 por la corona del triunfo,
 esclamando (con aplauso
 de sus secuaces estúpidos):
 pecho al agua! y *ruat cælum!*
 y detrás de mí el diluvio!
 lo malo es que no se vé
 lucir un astro fecundo
 que tras de tantas borrascas
 sea de alma paz el nuncio:
 lo malo es que cuando el Austro
 y el Aquilon furibundo
 rompen los odres de Eolo
 y *quà data porta ruunt,*
 del férreo tridente armado
 no repita otro Neptuno
 lo de: *Quos ego.... Sed motos
 præstat componere fluctus.*
 Pero volviendo á mi tema,
 (del cual con notorio abuso
 de tu paciencia, oh lector,
 me aparté desde el preludio)
 digo que el progreso humano,
 como los rayos del rubio
 planeta que nos alumbra,
 do quiera dá ópimo fruto.
 De artes y ciencias lo diga
 el raudó y brillante impulso
 que ventura brinda y gloria
 al trabajo y al estudio.
 Pues en la parte moral

aun es mas rápido el curso,
 bien que este siglo no ilustren
 mártires y taumaturgos.
 No peca hoy menos el nieto
 que sus abuelos difuntos;
 mas la civilizacion
 á todo estiende su influjo.
 Pecadores, por ejemplo,
 que despreciaban no ha mucho,
 á fuer de espíritus fuertes,
 preocupaciones del vulgo,
 y con cínico descaro
 hacian gala, ¡qué absurdo!
 del sambenito, hoy se arroban
 con el clero y con el culto.
 Y bien que de noble cuna
 blasonen y alto coturno,
 no rehusan consolar....,
 con preces y con opúsculos,
 á la ancianidad doliente
 y al pobre hambriento y desnudo.
 Para socorrerlos, poco
 ó nada dan de lo suyo,
 mas la bolsa petitoria
 no se les cae del puño.
 Miento, que aflojan tal vez
 de la propia el recio nudo
 para librar á una huérfana
 de peligros é infortunios....
 si es bonita y de buen talle
 y no peina cinco lustros.
 Y no consienten que nadie
 sea benéfico y justo
 si no ha entrado en su pandilla
 y niega que el *bonum summum*,
 y la virtud mas heróica,
 y el talento mas profundo
 son patrimonio esclusivo
 de tal ó cual instituto.—
 Y ¿creerás, lector amable,
 que estos censores adustos
 para siempre han desertado
 de las aulas de Epicuro?
 ¿Pensarás que, como el héroe
 de *Moliere*, astroso, inmundo,
 al hipócrita de antaño
 imita el de nuevo cuño?
 No, que esto seria ser
 de mal tono un *santo* y bruto,
 y hoy todo se sacrifica,
 hasta la virtud de muchos,
 al imperio de la moda
 y á las leyes del buen gusto.
 No se opone á lo atildado
 lo mogigato y cazurro,
 ni al misticismo la crápula
 ni á la compuncion el lujo;
 no por cierto, y para todo
 tienen buleto inconcuso
 ciertas gentes. Pueden bien

en un banquete nocturno
trincar en honor de Baco
los que enriqueció Mercurio,
y dar en ofrenda á Venus
su salud y su peculio;
y á la mañana siguiente
disparar rayos y chuzos
al impío que *como ellos*
no adore á Dios trino y uno.
Pueden gravar su conciencia
con delitos y perjurios,
salvo extasiarse despues
ante el altar y ante el púlpito,
aunque *in pectore* se rian
de trapenses y cartujos.
Para los otros petates
que con su látigo rudo
vapuló el insigne cómico
á quien mil laudes tributo,
su propio pecado al menos
era su mayor verdugo;
mas mintiendo á Dios y al diablo
en no interrumpido turno,
y mostrando que no en valde
se pule y progresa el mundo,
eclipsan á los de antaño
los novísimos *Tartufos*.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

LA DAMA DEL OMNIBUS.

POR D. VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

No hay cosa que mas me asombre
que la razon de aquel uso
que la ley del duelo puso
entre una fiera y un hombre.

ALARCON: *No hay mal que por bien
no venga.*

1.

Una docena de años hará, sobre poco mas ó menos, que los *ómnibus* se generalizaron en Madrid, y desde entonces incalculables son las ventajas que han producido á los habitantes de la heroica villa. Duélense muchos de que á la par con los *simones* hayan los *ómnibus* contribuido á la muerte de la calesa, la alegre y sencilla compañera de las manolas; pero preciso es confesar que si desapareció la calesa, fué porque antes las manolas habian desaparecido, y que si la calesa era buena, los *ómnibus* son mejores. Aquellas servian cuando mas para tres personas, y estas flacas; los otros son *para todos* los que suelten dos ó cuatro reales de vellón.

El siglo XIX tan partidario de las asociaciones, ha querido que los hombres se asociaran hasta en los carruages, y ha inventado los *ómnibus*, los *ómnibus* que vosotros, lectores, estimareis en tanto como yo los estimo.

¿Quién de vosotros no ha ido en ellos á la pradera del Santo, el dia de S. Isidro, ó á la del Canal un miércoles de Ceniza? ¿Quién no ha observado la algazara y el polvo que levantan y la animacion que prestan á esas diversiones populares? No es sin embargo en esos sitios donde brillan únicamente los *ómnibus*: los teneis en la célebre Puerta del Sol todos los lunes, dispuestos á conducirlos en un periquete á la plaza de toros. ¿Serán mis lectores aficionados á las funciones de cuernos? Me atreveria á jurar que no; porque quien lee novelas, es casi imposible que vea con gusto destripar caballos y degollar toros: lo cual no impide que alguna vez hayan ido á verlos, como yo fuí cierto dia, y no me pesa, pues gracias á esta circunstancia puedo hoy referirles la siguiente formal y verídica historia. Atencion.

II.

„Querido Gabriel: la desdeñosa dama de quien á todas horas te estoy hablando, acaba de remitirme un perfumado billete en el que me da una cita para las seis de la tarde en su casa. Razon tenia yo al decirte que ni D. Jaime el Conquistador me gana á hacer conquistas de mugeres. Esta que tan inexpugnable se presentaba, cedió al fin como tantas otras al impulso de mi amor y de mi elocuencia.

„Pongo á tu disposicion un asiento que para la corrida de hoy habia tomado, pues aunque acérrimo partidario de los toros, nunca lo seré hasta el extremo de olvidar por su causa á una muger hermosa por quien deliro. Adios; ya me contarás los pormenores de la fiesta, y yo te participaré el resultado de mi entrevista. Tuyo:—*Narciso*.“

Narciso es un íntimo amigo mio, cuya única ocupacion es seguir de dia y de noche á cuantas mugeres bonitas halla al paso y hacer declaraciones á todas. Infinitas son las calabazas que recibe, pero de cuando en cuando suele tropezar con alguna alma caritativa que le corresponde y le tiende la mano. Por fortuna mia, el lunes que me escribió la precedente carta, parece que se veia favorecido por una dama, de quien en efecto me hablaba á menudo mareándome con sus suspiros y exclamaciones.

Yo me alegré mucho del feliz éxito de su aventura por la parte que me tocaba: cogí el

billete que me remitió, y por ser ya las cuatro y media de la tarde, me vestí apresuradamente y me encaminé hacia la Puerta del Sol con objeto de guarecerme en un *ómnibus* que en cinco minutos me trasladase á la plaza de toros. Llegué á dicha Puerta del Sol que entonces contaba triplicado el número de los vagos, ví á los simones chuparse los dedos de gusto y á los amos de coches y *ómnibus* retazar de alegría.

—A dos reales! gritaban cuatro ó seis de estos desahorados: quién viene á la plaza?

—Uno me falta, caballero: venga V. acá.

Observé en efecto que el carruaje del que así habló se encontraba casi en su mayor parte ocupado, advertí además que en él había una hermosa hija de Eva y sacando los dos reales dije: «aquí me cuelo», dí un brinco y vine á colocarme como era natural, al lado de la dama. Ella con mucha amabilidad se estrechó un poco para hacerme asiento; yo mucho mas amable todavía exclamé:

—No se incomode V. por mí, señora: antes que serviros de estorbo, me arrojaría por el ventanillo.

La bella se sonrió: lo del ventanillo debió caerle en gracia. Despues de escudriñar bien su fisonomía, dirigió una mirada por los demás compañeros del *ómnibus*, y no había uno que pudiera infundirme temores respecto á mi desconocida. Todos hablaban de la fiesta con un calor que demostraba su apego á esta clase de espectáculos, y ninguno pretendía á la sazón ocuparse en amoríos.

El cochero seguía gritando á cuantos pasaban.

—Uno me falta, señores: quién viene?

La verdad era que aun faltaban tres ó cuatro personas para llenar el carruaje. Mientras él se proveía de ellas, juzgué conveniente entablar con mi desconocida algun diálogo, por distraerme, y porque siempre es halagüeño disfrutar un rato de conversacion con una muger hermosa, y aquella lo era, como vereis por su retrato.

Tenia una cara blanca, muy blanca, no tanto como la nieve, ni tanto como la azucena, pero casi tanto; sus ojos eran azules, grandes y vivos; su boquita que era muy preciosa confinaba al norte con una nariz recta y alineada como un recluta, y al sur con un cuello de paloma tan divino, que si la mandaran ahorcar no habria verdugo que se atreviera á concluir con tan perfecta obra.

Su estatura á ser hombre la hubiera dado que sentir porque llegaba á la talla.

Siendo tan bella era pecado mortal no hablarla, y para no incurrir en tan grande cul-

pa saqué mi petaca, cogí un cigarro y dije con la voz mas melosa que pude:

—¿La molesta á usted el humo, señora?

—No señor; no soy tan susceptible como todo eso. Fume usted cuanto quiera.

—No estrañe usted que le haya hecho esa pregunta, porque señoras hay á quien les es insoportable.

—Hay gentes muy delicadas.

—A muchas el humo le ataca á los nervios. Sin embargo, como habrá muy pocas que no tengan un padre, un hermano, ó un marido fumador, ya van acostumbrándose.

Aquí esperaba yo que ella me contestase: «efectivamente, yo tengo un marido que consume al día quince docenas de cigarros» y de este modo descubria su estado. Juzgó oportuno callarse, y viendo la inutilidad de mi estrategia, dí á la conversacion otro giro y exclamé:

No exclamé, querido lector, me dejaron con la palabra en la boca dos franceses y una francesa que al mismo tiempo penetraron en el carruaje, llenándose este al fin como su conductor deseaba. Los traspirenáicos iban locos de contento á esa funcion que califican de bárbara y por la que tanto nos murmuran. La francesita era *tres charmante*, pero abundando en mi tierra las buenas mozas, no me gusta ir á mendigarlas al extranjero.

Quise reanudar la conferencia con mi española de al lado y ¡oh fatalidad! el *ómnibus* arrancó á galope, su dueño chasqueó furiosamente el látigo, gritó, alborotó como suelen hacerlo los de su clase, y no nos entendimos.

Mi desconocida fué la primera que luego habló dirigiéndose á una niña de seis ú ocho años que consigo llevaba y de la que no hice mencion antes por creerlo enteramente inútil. Ya se habrian presumido mis lectores, que la dama en cuestion no iría sola á la plaza; las leyes de la etiqueta social no consienten que las mugeres vayan solas y hacen bien. Se espondrian y nos espondrian á muchos peligros: así y todo, el diablo que pueda con ellas.

—Gracias á Dios, dijo la dama al ver partir el *ómnibus*; alégrate, hija mia, dentro de cinco minutos verás los toros que tanto te divierten.

—¿Matarán muchos caballos, mamá? preguntó la niña con interés.

—Sí, hermosa, como siempre, replicó la madre sonriendo y demostrando en su semblante cierto regocijo. Esta conversacion me dejó helado como un sorbete: ¡oir hablar de toros y muerte de caballos como de la cosa mas natural del mundo, á un ángel de seis

años y á una mujer de treinta! Quizá no sean esos los sentimientos de su corazon, dije para mí, y mientras llegábamos á la plaza, ocupéme en examinar el magnífico cuadro que la ancha calle de Alcalá me ofrecia, llena por todos lados de gente que ya en apiñados grupos, ya en claras filas, acudian como nosotros desalados á esa fiesta popular, alegre y animada como ninguna.

II.

Entré en la plaza y tomé posesion de mi asiento de tabloncillo, que me proporcionaba el doble placer de escuchar de cerca la barahunda del tendido, y sonreirme con la gente pacífica que se enseñoorea de las gradas. A estas suelen acudir las mugeres que no pueden disponer de un palco y que desean disfrutar cómoda y tranquilamente de la funcion. La dama del *ómnibus* acompañada de su hija, habia ido á colocarse ocho ó diez números mas allá del que yo tenia, y en la delantera de gradas. Pensé al principio cambiar mi billete por otro que me aproximara á ella; pero desistí de mi propósito porque eran unas señoras las que ocupaban los puestos que yo hubiera querido.

A mi lado eran personas todas del sexo barbudo, que estaban haciendo de la corrida pasada deducciones para la presente, y rehusé terciar en la conversacion por serme una materia antipática, que además no comprendia. Ciertó es que muchos hombres hablan de asuntos que no entienden tampoco; sin embargo, cometen una simplicidad y no conviene acreditarse de simple. Les dejé que discuriesen á su antojo sobre su tema favorito y me entretuve en contemplar á mi bella incógnita. Estaba mondando una naranja para la niña y dejaba ver unas manos tan finas y de una blancura tal que maravillaban y sorprendian. No queria yo mirar con mucha insistencia, porque no llegara á imaginarse que con los ojos la pedia alguno de los gajos en que dividia la fruta.

—¡Ay, que me está usted desgajando el corazon, hermosa! exclamé en voz alta sin poder contenerme.

Esto que nada hubiese tenido de particular dicho en tono de broma y en ocasion mas favorable, escitó la hilaridad en los que me escucharon por el aire semi-trágico que yo dí á las palabras, levantándome del asiento y ahuecando mi voz, que á fé mia no es de tiple.

—¡Qué sofocado está ese probe *servante*! dijo una maja de esas que creen que una le-

vita obliga al que la lleva á convertirse en estatua.

—¡Qué pollo tan necio! murmuró uno de esos padres graves á quienes asusta el mas leve grito de la actual generacion.

Yo me reí del padre grave y de la maja, como acostumbro hacerlo de todo el que me critica, y proseguí dirigiendo mis miradas á la hermosa del *ómnibus*.

Cuando mas embebecido la contemplaba, siento que me tocan en el hombro, vuelvo la vista y me hallo con un buen hombre que me dice:

—Caballero, observo que está usted muy entusiasmado por aquella jóven de ojos azules.

—¿Y qué? contesté yo al notar la franqueza con que aquel prójimo se mezclaba en mis asuntos.

—He venido en el mismo carruage y advertí desde un principio la impresion que os hacia.

—Y bien? Y qué?

—Que si usted supiera como yo la historia de esa muger, á pesar de su hermosura la olvidaria completamente.

—¿Con que es muger de historia?

—Y de una historia divertida.

—Si usted fuera tan amable que me la contara....

—Sí, señor, con mucho gusto, respondió mi colateral, que era de esos hombres que nunca pueden callarse, y en el teatro, en los paseos, y aun en la iglesia hablan siempre con el primero que se sienta á su lado. En aquel instante sonaron las cinco, y la corrida debia comenzarse. Salieron los alguaciles á caballo con su clásico uniforme, seguidos de los toreros que firmes y garbosos atravesaron el redondel, saludaron al Presidente, y haciendo despues la division de la plaza fueron á ocupar su puesto respectivo. El encargado del toril, recibida la llave correspondiente y dada la señal, abrió la puerta por la que ligero como un rayo apareció un toro asustadizo, saltarin, avanto, que sin saber lo que le esperaba arremetió á un picador, que le puso una vara con toda la sal con que una vara puede ponerse. El bicho que conoció que aquello no era picadura de mosca, saltó como un maestro de baile (perdonando la comparacion) y tuvo muy buen cuidado de no acometer al otro picador, que animoso á hostigarle se presentaba.

El público entonces empezó á emitir su parecer.

—Ese toro es una vaca! exclamaba con mucha formalidad un estudiante amigo de paradojas!



—Currillo! gritaba un moceton de calañés dirigiéndose á un torero: vé y métele el dedo en la boca á ese bicho que no te morderá.

—Compadre! le decia otro: vamos que con esas liebres cualquiera cazador se luce.

—En qué quedamos? Venimos á ver toros ó bueyes?

—Menos fachenda, camará, que lo que usted ha hecho, lo hacen los chicos sin ir á la escuela.

Esta y otras exclamaciones parecidas se escuchaban por todas partes, levantando ese imponente murmullo de la muchedumbre que se nota en las grandes fiestas ó en las grandes revoluciones.

—Creo que podré empezar mi historia, dijo mi compañero al ver lo poco interesante que se anunciaba la corrida.

—Sí, señor, respondí: además que usted para referirlas y yo para atender, no necesitamos de los ojos, que pasearemos libremente por la plaza.

—Tiene usted razon; contestó el amigo. Y sin toser, sin sonarse, sin beber agua, y sin los demás preliminares que acostumbra los oradores, dió principio á su relacion de la manera siguiente.

IV.

Esa hermosa jóven de quien al parecer estais enamorado, se llama Doña Fermina de Ortiz, y es hija de un propietario de la ciudad de Estella, en Navarra, el cual tuvo la indiscrecion de morir, precisamente cuando su muger, que habia dado seis hijos al mundo, se veia mas incapacitada de poderlos ella sola dirigir.

Conociólo así un hermano del difunto, residente en Pamplona, quien escribió muy afable á su cuñada diciéndole que se hallaba dispuesto á mantener y educar por su propia cuenta á la pequeña Fermina, que ya con sus gracias le habia cautivado. La madre consintió en ello sin disgusto, porque al fin la aligeraba el peso de sus necesidades, y la niña salió al punto para la casa de su tio, donde iba á ser mimada y agasajada con una solitud mas que paternal. El tio era casado, pero de esos casados que no tienen hijos, y como no los tienen los desean. Fermina, pues, que en compañía de sus hermanos llevaba algunos bofetones y comia á medias los dulces, se encontró allí sola, contemplada y querida por sus tios que la hicieron muy pronto olvidar á su madre. Era natural. He creido siempre pernicioso la costumbre que tienen algunos padres de entregar sus hijos á los abuelos

ú otra clase de parientes. Solo en la casa paterna aprenden los hijos á amar á sus padres, y estos, solo cuidando de los hijos, llegan á quererlos con entusiasmo.

Fermina fué una de esas dichosas criaturas que suben los primeros peldaños de la escala de la vida encontrando en cada uno de ellos juguetes que les distraigan, tortas que les engorden, ayos que les sirvan y músicas que les aduerman. La hermosa niña acompañada de sus tios concurría á los paseos, á los bailes, al teatro, y especialmente á los toros, donde la presentaban vestida de maja en todas las funciones. Así empezó á cobrar una afición decidida á esta clase de cornudos espectáculos.

Deslizóse ligera su infancia en medio de los placeres que se aumentaron al pisar los umbrales de su juventud. Habia crecido mucho y se habia hermoñado lo bastante para que una multitud de mozos la acosaran por todos lados declarándola su amor. Fué coqueta sin compasion, mantuvo relaciones hasta con sordomudos, y Dios sabe en qué hubieran venido á parar sus devaneos, si sus prudentes tios no trataran de ponerles coto, buscándola un marido juicioso y con pesetas. Ella abandonó á sus infinitos amantes, y se casó con el que le ofrecian, sin profesarle cariño, porque las mugeres al que habla de boda, como al enemigo que huye, le abren siempre puente de plata.

El marido era un arquitecto, que como otros muchos, al labrar casas ajenas, habia procurado hacerse tambien algunas propias. Tenia un genio duro como una piedra berroqueña, pero estaba tan locamente enamorado de Fermina que á su lado era un cordero sin hiel. ¡Cómo nos trastornan las mugeres! ¿Quién habia de predecir al pobre arquitecto el trágico desenlace de su matrimonio!...

—Mire Vd., ya sale otro toro, dijo el narrador variando un momento de su tema.

—Sí, sí, ya le veo, repuse yo: este tiene trazas de ser muy bueno. Continúe Vd. su historia.

—Voy á seguir con mucho gusto.

Verificóse la boda de D. Víctor y Doña Fermina en Pamplona, y en un día de fiesta que por casualidad habia corrida de toros. Celebraron por la mañana los desposados un opíparo almuerzo, y para la noche se proyectó un gran baile, al que acudiría lo mas selecto de la ciudad. La tarde, sin embargo, quedaba libre; y Fermina, secundada por sus tios, no halló mejor medio de festejarla que el de encerrarse con sus convidados en la plaza de toros. Figúrese Vd., amigo mio, con qué ganas escucharia el arquitecto semejante proposición. El alma se le bajó á las botas.

—Señores, dijo á la madre y tíos de su muger: ¿no les parece á Vds. que nos esponemos á recibir una silba yendo hoy á la plaza? ¿No seremos el escarnio y la befa de la poblacion? A mí, sobre todo, ¿cuántos epigramas no me dirigirán?

—Ríase Vd. de eso, contestaba el tío de Fermina: ¿quién hace caso de tales simplezas?

—Al contrario, añadió la tía: daremos golpe en la plaza con el traje que hemos estrenado.

—Además, prosiguió un convidado que la echaba de valiente: si alguno murmura, le rompemos el bautismo.

—Y sobre todo, exclamó Fermina: poco pueden importar á mi esposo las hablillas del vulgo, si cree, como debe creer, en la fidelidad eterna que yo le he de guardar.

D. Víctor alegó todavía nuevas razones y nuevas súplicas que vinieron á estrellarse contra las que á su vez aducían los parientes de su esposa, y su esposa misma. Al fin cedió, y marcharon todos á la plaza. Entrar en ella la boda y armarse una rechiffa de los demonios, fué obra de un solo momento. Vd. sabe que en las provincias hay odios reconcentrados y enemigos implacables. La familia de Ortiz contaba no pocos, así que llovieron los epigramas y los insultos como se temía D. Víctor.

—Otro toro! otro toro! exclamaban muchos mirándole maliciosamente.

Y la autoridad creyendo que pedían algún toro de gracia, respondía que era imposible concederlo.

El marido pensó retirarse, pero le hicieron notar que ya no conseguía mas que ponerse en situacion mas ridícula al declararse vencido. Permaneció al cabo toda la tarde sufriendo un martirio tan horrible como el de S. Bartolomé; y cuando salió de allí, juró no volver á pisar en su vida otra plaza de toros. Su muger le hizo bailar mucho aquella noche, y con eso se distrajo y olvidó por entonces sus dolorosas cuitas, aunque á la mañana siguiente se desesperó de nuevo al oír que por la ciudad cantaban los chiquillos una copla espresamente compuesta para él y que decía:

En la plaza de los toros
entró una recién casada
y al marido le decían
¡buen principio de casaca!

D. Víctor no pudo resistir tamañas invectivas, determinó fugarse de Pamplona y se vino con su adorada Fermina á Madrid, donde pensaba vivir pacíficamente por no ser de nadie conocido.

V.

Alquilaron un lujoso cuarto principal en la calle de Hortaleza, y exentos ya de pesares se entregaron con ardor á las diversiones, y disfrutaron una *luna de miel llena* y sin nubes. Y digo *llena*, porque casados hay tan infelices que no gozan mas que un *cuarto de luna*.

D. Víctor bajaba al Prado todos los dias con su esposa, la presentaba en los círculos elegantes, la abonaba á los teatros, pero nunca la ofrecía un billete para los toros. Fermina que no habia perdido la afición á estos, muchas veces le rogaba con la coquetería propia de una recién casada, que olvidase lo pasado y la permitiera ir á verlos.

—Aquí, decía ella, nadie sabe lo ocurrido en Pamplona, ni la época de nuestro enlace. ¿A qué viene pues tu terquedad en rehusarme ese favor?

D. Víctor la besaba en los ojos y respondía:

—No quiero que vayas, porque las niñas bonitas como tú no deben asistir á funciones tan sangrientas.

Llegó un dia, sin embargo, en que Fermina anunció á su esposo que se hallaba en estado interesante. D. Víctor repitió su nombre seis ó siete veces y abrazó á su *costilla* loco de placer. A poco tiempo hubo una corrida de toros, y aprovechando la ocasion, dijo Fermina á su marido:

—¿Querrás creer que tengo un verdadero antojo en ir esta tarde á la plaza?

Al oír la palabra *antojo*, el arquitecto soltó unos planos que á la sazón se ocupaba en diseñar y exclamó:

—Vístete, hermosa, y vamos cuanto antes.

Fermina se divirtió en la fiesta, y su esposo gozó tambien con ver la alegría que experimentaba. Nadie les dirigió la menor indirecta: ningun denuesto llegó á oídos de D. Víctor, á quien por el contrario todos trataban con urbanidad, siquiera por ser dueño de una joya tan preciosa como Fermina. Esta en las corridas subsiguientes volvió á padecer el mismo antojo, y el arquitecto que ya no se veía ridiculizado, accedía con menós dificultad. Motejaba, no obstante, á su muger la afición á esta clase de diversiones, y deseaba apartarla de ellas con argumentos que jamás la convenían.

Al concluir la temporada de toros de aquel año, Fermina dió á luz no un niño, como se esperaba el arquitecto, sino esa niña que veis al lado de su madre. El regocijo de los cónyuges fué muy grande á pesar de eso.

—Ahora, dijo para sí D. Víctor, mi muger

tendrá un entretenimiento con su hija, y no se acordará de los toros.

La verdad fué que Fermina entregó en brazos de una pasiega la hija recién nacida, y continuó engolfada en sus bromas, como si estuviese soltera; y cuando llegó la época de los toros al año siguiente, conservaba el mismo ó mayor apego á las corridas. Quiso ir á la primera y fué; se empeñó en ver la segunda y la vió; pero á la tercera, el marido que ya guardaba poca miel de la de la luna, se negó á salir. Fermina que era de genio irascible sostuvo una acalorada reyerta, en la que con harto sentimiento quedó vencida. Á la próxima función propuso de nuevo á su esposo que la llevase á la plaza: D. Víctor volvió á negárselo y para evitar disensiones se fué á paseo con un amigo. Fermina entonces se vistió, mandó á una criada que la acompañase y se escapó á ver los toros.

—Ay! ay! ay! que le coge! gritó á nuestro lado una moza sensible que veía á un torero en peligro.

—No se asuste Vd., pichona, la dijo un chulo que se hallaba inmediato: ¡cómo se interesa usted por la salud de los hombres!

—Sí, señor, respondió ella con desfachatez: el género escasea y es preciso conservarlo.

—He ahí unas banderillas bien puestas, añadió mi compañero.

Yo le rogué que prosiguiese su historia, y él habló de esta manera:

La linda navarra volvió tranquilamente á su domicilio después de la fiesta, se sentó en la misma butaca en que su marido la había dejado, y allí resolvió aguardarle y mostrarle el ceño y la seriedad de una niña que ha sido contrariada en sus deseos. Hizo que le subieran un vaso de café de uno que existía en las inmediaciones, tomóselo entero con un par de tostadas y dijo á su predilecta Maritornes:

—Es preciso que tu señor ignore que hemos estado en los toros y que he tomado este café.

La criada que había pasado una buena tarde viendo las gracias de los lidiadores, y sin lidiar ella con la escoba, prometió guardar un absoluto silencio, y afortunadamente cumplió su promesa.

El marido volvió á las once de la noche, y al observar á su muger que parecía dormitar en la butaca, se acercó y la gritó al oído en tono de broma;

—¿Qué es eso? ¿estás soñando con algún *pase de muleta*?

—No, contestó ella con socarronería: soñaba con un pase de bestia.

El arquitecto frunció las cejas al oír el pun-

zante equívoco, y repuso con soberbio continente.

—Hazme el favor de no irritarme, Fermina; seré tu esclavo siempre que seas digna de mi cariño; pero si te empeñas en apurar mi sufrimiento, no sabes todavía lo que es capaz de hacer Víctor Fachada.

—Oh! ya sé que es Vd. temible, caballero.

—Corriente; no digas mas necedades y vamos á cenar.

—No tengo ganas.

—Quieres no ser niña?

—Hace tiempo que dejé de serlo. Voy á acostarme.

—Fermina se dirigió á la alcoba y el arquitecto juzgó lo mas conveniente marcharse á cenar y dejarla con sus caprichos. Era lo mejor que podía hacer: muchos maridos en igual ocasión hubiesen rehusado la cena; pero yo aconsejo á Vd., si se casa, que cuando riña con su muger no riña nunca con su estómago.

Las querellas matrimoniales se apagan y se encienden con mucha facilidad: así que al día siguiente amanecieron ambos esposos amigos, tan amigos, que Fermina consiguió licencia para ir á la plaza en la próxima función, y en compañía de su caro consorte. Aquella vez estuvo la fiesta mas animada que nunca; los toreros hicieron suertes difíciles y atrevidas, los picadores se dejaron matar caballos sin compasión, los espadas concluyeron pronta y gallardamente con los toros, y el público entusiasmado chilló, cantó, bailó, y arrojó al circo pañuelos, naranjas, gorros, sombreros y cigarros. No era solo la democrática concurrencia de los tendidos la que aturdió con sus vociferaciones; en las gradas se advertía el mismo frenesí, y en los aristocráticos palcos se levantaba tambien idéntico murmullo. En uno de aquellos había dos hermosas damas vestidas de majas que con sus ojos de fuego y su picante sonrisa, reanimaban el espíritu de los toreros y escitaban la admiración de todos los que las veían. Las dos arrojaron al primer-espada un par de palomas que aquel recibió con alegría, mostrándoles su agradecimiento con una respetuosa inclinación.

Fermina que observaba todo esto loca de placer, no pudo menos de decir á su marido con aire de triunfo:

—¿Qué tal? Parece que no soy yo sola la que deliro por esta clase de funciones: allí tienes dos señoras mas entusiastas que yo todavía, y no te creas que son dos señoras cualesquiera, dos elegantes postizas ó dos mugeres de industria; son nada menos que la Duquesa de A.... y la Condesa de B.... cuya nobleza se remonta hasta los tiempos antediluvianos.

—Bien, replicaba el esposo; esas señoras harán eso un día, vendrán alguna vez á la plaza, pero no estarán como tú soñando á todas horas con los toros.

(Se concluirá.)

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

LAS FLORES PARA LA VIRGEN.

I.

—¡Jesus que niña tan guapa!
¡Jesus, que niña tan linda.
¿Qué buscas en estos campos?
¿Qué haces aquí tan solita?
—He venido á coger flores.
—¿Para qué las quieres, niña?
—Está malita mi madre
Y me han dicho mis vecinas
Que al punto se pondrá buena
Si cuando toquen á misa
Una corona de flores
Llevo á la Virgen Maria.
—Bendita sea tu boca!
Hermosa, Dios te bendiga!
¿Quiéres á la Virgen?

—Mucho.

—Le rezas?

—Todos los días.

—Y qué le pides?

—Le pido...

Salud para mi familia.

—Rézale, quírela mucho,

Que además de compasiva,

„Es Maria mas hermosa

Que el oro y la plata fina.”

II.

Acércate y dame un beso...
¡Bendito el Señor que cria
Serafines tan hermosos,
Y la que parió tal hija!
Vámonos por estos campos,
Y estas praderas floridas,
Que juntos recogéremos
Las flores que necesitas.
Mira cuántas flores hay,
Mira cuántas siemprevivas,
Mira cuántas amapolas,
Mira cuántas clavellinas!
¡Qué hermosa estará la Virgen
Con ellas coronadita!
Verás como da á tu madre
La salud y la alegría.
Y verás, cuando estas flores
Ornen su frente bendita,

Como no hay chicos ni grandes
Que al contemplarla no digan:
„Es Maria mas hermosa
Que el oro y la plata fina.”

III.

—Y por qué gustan las flores
Tanto á la Virgen Maria?

—Porque son hermanas suyas.

—Hermanas suyas?

—Sí, niña;

Por eso la Virgen, rosa
De Jericó se apellida,
Por eso aromas celestes
A su lado se respiran,
Por eso su santo nombre,
El corazón regocija
Como las flores que pueblan
Los valles y las colinas;
Por eso en el mes de mayo
Con cánticos de alegría
Van todos al santo templo
Donde se ostenta bendita,
Como van á los jardines
Donde brotan clavellinas,
Olorosas azucenas,
Y rosas de Alejandría,
Y por eso cantan, hombres,
Mujeres, niños, y niñas:
„Es Maria mas hermosa
Que el oro y la plata fina.”

IV.

—Yo pondré en su santa frente
Una corona muy linda;
Pero temo que la Virgen
No haga caso de una niña...
—Ángel de Dios, tu inocencia
Los corazones cautiva!
Las niñas también son flores
Y agradan tanto á María
Como las que en los jardines
Y en las praderas se crían.
Mas ya tocan las campanas,
Ya bajan por las colinas,
O suben por la ribera
Grandes y chicos á misa.
Vámonos también nosotros,
Pues tenemos concluida
La corona que á la Reina
De los ángeles dedicas;
Vámonos á ver la Virgen,
Pues, tenlo entendido, niña,
„Es Maria mas hermosa
Que el oro y la plata fina.”

CARLOS DE TRUEBA.



LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

*Doña Robustiana Armiño de Cuesta.***Contra Pereza Diligencia.***(Continuacion.)*

II.

LAS DOS CRIOLLAS.

"Una institutriz francesa por mas que sea el *aya* de moda no es siempre lo que debia de ser."

J. C.

Erigida Magdalena en directora de las dos niñas se hizo bien pronto el ídolo de las dos familias y en especial la de Palmerolles no tuvo ya ojos mas que para admirar los primores de la generosa institutriz.

Y no podia menos de ser así, porque Magdalena no perdonaba medio alguno para atraerse el cariño de la familia de Palmerolles. No contenta con prodigar sus cuidados á Laura, suplicó á Chateau-Fort que la comprase un lindo piano, peticion atrevida, pero que al fin obtuvo un éxito feliz, porque el plantador como todos los hombres que han crucificado á fuerza de rarezas á su primera esposa, empezaba á doblar el yugo á las exigencias de su ama de gobierno.

Aquellos cabellos recortados que le espartaron el primer día, se le habian ido haciendo mas soportables y hasta empezaban como vulgarmente se dice, á hacerle alguna gracia. Además, la astuta francesa, recorría con tal maestría las teclas del piano, comprendía tan bien las escentricidades del plantador, que el hipocondriaco iba soltando poco á poco las riendas de su poder, y entregándolas en manos de la que tan dulcemente habia sabido captarle la voluntad.

Los padres de Laura, locos de alegría al ver á su querida niña en posesion de tan hermosa joya, no sabian á quien prodigar mas bendiciones, si al generoso dueño, tan avaro para ellos hasta entonces, ó á la esclente aya que empleaba su valimiento en favorecer á una familia honrada, pero escasa de medios.

La esposa de Palmerolles, que escuchando solo la voz de las pasiones, habia abandonado

con él la casa paterna, nada habia llevado al matrimonio; y Palmerolles era uno de tantos catalanes como van á la isla á buscar fortuna.

La Sra. de Palmerolles, sobresaliente en el delicado trabajo de encagera, habia acostumbrado á su niña desde la edad de cuatro años á manejar los palillos con sus rosados dedos; pero nada mas podia enseñarle, porque no sabia ni leer ni escribir. ¿Cuál debia ser la alegría de aquella pobre madre al encontrarse inesperadamente con una maestra renombrada que iba á enseñar á su hija todas las habilidades del gran mundo, sin exigir por tanto, la mas mínima recompensa? ¡Oh! la gratitud, una gratitud sin límites era todo lo que los Palmerolles podian ofrecer á Magdalena, y esa gratitud seria para ellos en todo tiempo el mas imperioso de los deberes.

Cuando Laura empezó á recibir las primeras lecciones de Magdalena, sabia ya leer con perfeccion y escribir con bastante gallardía. Nacida con una disposicion natural que nada dejaba que desear, habia empezado jugando á dar con su padre algunas lecciones de lectura y escritura, y un año habia bastado para que la niña no tuviese ya mas que aprender en la materia. Viva como una centella, delgada, morena con grandes ojos negros, dotada de esa actividad catalana que todo lo comprende, porque está segura de conseguirlo todo, soñando siempre en aprender y en ir mas allá sin saber adonde por el camino del estudio, entró á los cinco años y medio á recibir las lecciones de la Boumarché con esa fé ciega que alienta las grandes almas, prometiéndolas al fin de su carrera una noble recompensa.

Jamás hubiera podido soñar Magdalena en encontrar una discípula que la hiciese mas honor que Laura, ni que mejor coadyuvase á sus ambiciosos deseos.

Precediendo á Silvina en dos años de enseñanza, dotada de una organizacion especial para aprender todo lo que se le quisiera enseñar, Laura debia necesariamente aumentar la reputacion de su maestra, y elevarla mas y mas en el ánimo del propietario, que bendeciría la buena eleccion que habia hecho para su hija, ángel dormido todavia en la ignorancia de la primera edad.

Pronto se estendió por las ciudades vecinas la fama de las habilidades de Laura, y en Matanzas como en Jaruco, no se hablaba mas que de la hada francesa que habia sabido convertir en artista á una niña de pocos años.

Para los que conozcan la frivolidad del carácter americano, no les parecerá nada extraño este entusiasmo casi siempre exagerado. Aquel sol ardiente que escita con tanta fuer-

za la imaginación, les hace verlo todo con tintas fuertes; y en la Habana por regla general basta saber poco para valer mucho, basta escribir malos versos para ser considerado como genio inmortal; prueba de ello son las numerosas é insulsas poesías que publican todos los días los diarios de aquella ciudad, precedidas ó seguidas de brillantes é inmerecidos encomios.

No era solo en el piano donde Laura había descollado como un gran genio, el estudio del idioma francés que Magdalena hablaba con esquisita delicadeza, era también para ella un objeto de predilección y pronto pudo sostener con la institutriz y Chateau-Fort sencillas y graciosas conversaciones que seducían al propietario y le hacían exclamar á cada momento.

—¡Dos años! dentro de dos años será lo mismo mi hija!

¿Y qué se hacía en tanto Silvina? Los años que pasan tan rápidamente habían corrido por igual para las dos niñas. Laura había cumplido ya diez años y Silvina acababa de hacer siete, sin que hubiese dado todavía sino muy pocos pasos en el camino del estudio. Laura era toda una pianista, hablaba el francés, tejía las blondas y dibujaba con bastante perfección á pesar de que Magdalena no había hecho más que trazarle el camino porque era muy poco fuerte en este ramo de enseñanza. ¿Pero quién ha enseñado al Tintoreto á desplegar su inimitable colorido? ¿Quién ha familiarizado á Miguel Angel con los ángeles y los demonios? Laura pasó impulsada por su propio genio del dibujo á la pintura, traspasó al lienzo la inspiración que Dios había depositado en su alma joven y ardiente, y cediendo al sentimiento de gratitud que sus labios no acertaban nunca á expresar, presentó á los atónitos ojos del plantador dos cuadros inimitables por su verdad, el retrato de Chateau-Fort y el de Magdalena.

El plantador que desde la muerte de su esposa no había vuelto á sentir sus párpados humedecidos por las lágrimas, no pudo menos de enternecerse al ver aquel rasgo de gratitud escrito con letras indelebles al pie de los cuadros de Laura, que decían mucho más que las expresiones más tiernas.

—¡Pobre niña! exclamó abrazándola y rodeando su cuello con una linda cadena de oro; bendito sea Dios que inspiró á Magdalena la idea de ilustrar tu alma hermosa como la de los ángeles!

—¿Y tú? exclamó Laura con delicada cortesía. ¿Qué mereces tú que me proteges, que costear mis estudios?... Si... añadió apoyándose sobre cada palabra, tú que me has hecho rica porque me has dado mi hermoso piano que

es todo un tesoro, tú pagas á la señorita Magdalena... tú...

Chateau-Fort la abrazó de nuevo, sentía al oír la voz de aquella niña un bienestar particular, y le parecía en aquel momento que ningún esclavo sería capaz de atentar á su vida, cuando un ángel le llamaba dulcemente "su protector."

En cuanto á Palmerolles, estaba loco de alegría; no tenía voz más que para bendecir á Chateau-Fort y á Magdalena, no tenía ojos más que para contemplar á su hija á la que amaba con una especie de idolatría, no tenía imaginación más que para soñar en los venturosos días que Laura le hacía presentir con sus rápidos adelantos.

Silvina dominada desde su infancia por esa pereza señorial, ese dulce *farniente* tan común en los climas cálidos, sabía leer y escribir en fuerza de sus buenas disposiciones, pero apenas sabía otra cosa, porque todo lo que fuese movimiento material ó moral, todo lo que no fuera balancearse en la butaca ó recorrer mueblamente reclinada en su volanta las avenidas del jardín, era para ella un motivo de mal humor. En vano Chateau-Fort se esforzaba en animarla con el ejemplo de Laura. Silvina contestaba sonriendo que el reposo era la mayor de las felicidades humanas, y que Laura se veía forzada por la necesidad á ser aplicada para procurarse un mediano porvenir. El propietario quiso arrugar el entrecejo, pero era tan hermosa Silvina, enlazaba con tanta gracia sus mórbidos brazos al cuello de su padre, que este subyugado por aquellas caricias, dejaba correr los días y los meses sin interrogarla de nuevo acerca de sus conocimientos.

En lugar de hacer todos los esfuerzos posibles para desarraigar aquel hábito pernicioso que dominaba á su discípula, Magdalena coadyuvó con toda su alma á que aquel hábito se convirtiese en vicio, porque nada podía convenir mejor á sus ambiciosas miras que una ama joven y perezosa.

Con esa táctica fina, con esa palabrería francesa tan superficial como seductora, hizo entender á Silvina que una señorita de gran tono, no debía rivalizar jamás en habilidades con una costurera, que en los salones se miraba con horror las manos destrozadas por el trabajo, y que en una grande soirée del conde de Fernandina los principales señores de la Habana habían rehusado bailar con una preciosa criolla, porque se decía que tenía señalado el dedo índice de la mano izquierda con unas cuantas picaduras de aguja.

No se necesitaba tanto para que la niña se entregase de lleno y con toda su voluntad al

sentimiento de dejadez que la dominaba.

Emprendió el dibujo, porque Magdalena debía *empezar* al menos á enseñarla lo que á la Palmerolles, pero la niña no podía cortar el lápiz porque sus dedos se ennegrecían, no podía estar mucho tiempo con la vista fija sobre el papel, porque sus ojos se fatigaban, y eran sus ojos tan hermosos! y aquellos pocos momentos en que trazaba con negligente mano algunas líneas, Magdalena tomaba y dejaba el lápiz á cada minuto, limpiando, corrigiendo y ejecutando casi en su totalidad las pocas obras de escásísimo mérito que salían de las satinadas manos de la hermosa criolla.

Bastante aficionada á la música solo porque le causaba una dulce embriaguez, la Silvina dió las primeras lecciones con entusiasmo, pero cuando comprendió que eran necesarios algunos años para saber algo en forma, cuando oyó de boca de Laura que era preciso estudiar asiduamente, Silvina sintió decaer su entusiasmo, y se resignó á saber muy poco en un arte que tantos desvelos exigía.

¿Además, no era Magdalena una pianista excelente? ¿pues á qué molestarse en recorrer las teclas, cuando su complaciente directora estaba allí para hacer vibrar en sus oídos dulces y monótonas armonías que la meciesen en deliciosos ensueños?

Por muy subyugado que el propietario estuviese á la voluntad de la Boumarché, por mucho que le halagase la *belle nonchalance* como él llamaba á la pereza de su hija, de vez en cuando se apoderaba de su ánimo una tristeza que no podía dominar, al ver los pocos adelantos de su hija, y maquinamente hacia la comparación entre su Silvina y la graciosa Laura de Palmerolles, que era en verdad un fenómeno de aplicación. En aquellos momentos, y aunque muy fugaz cruzaba por su cerebro la idea de que la Boumarché no había llenado cumplidamente su cometido; pero al recordar que ambas niñas habían sido educadas por la misma persona, tornaba á su disgusto, á su malestar inesplicable, porque ningún padre quiere llegar á convencerse de que su hijo es inferior á otro en inteligencia, y Chateau-Fort, á fuer de salvar á la suya de tamaña nota, se hubiera gozado en poder culpar de su nulidad á otra persona cualquiera, aunque fuese la misma Boumarché.

La sutil francesa que era gran maestra en la difícil escuela del mundo, pronto advinó los celos que cruzaban por la imaginación del propietario, y se resolvió á cortarlos de raíz, aunque para ello tuviese que apelar á cualquiera superchería de las más usadas. El plantador era torpe en comprensión y escaso

en conocimientos; la única facultad que había llegado en él á su completo desarrollo, era el inmenso amor que profesaba á su hija, y aquel era por lo tanto su lado débil.

Magdalena entró un día en su despacho en el momento en que salía Palmerolles.

—Señor, le dijo con cierta espresión de misterio; venia á pedirnos me escucharais por algunos momentos.

—Hablad, mi querida Magdalena, respondió el plantador, estirando el cuello y arreglándose el lazo de su corbata negra..... pero antes dignaos tomar asiento.

La Boumarché se sentó en el sillón de Palmerolles, arreglándose también sus cabellos cortados.

—¿Decíais querida?

—¿Habeis conocido alguna vez la envidia? le preguntó Magdalena mirándole fijamente.

—¡La envidia! repitió Chateau-Fort, que no aguardaba semejante salida.

—Si señor, la envidia.

—Si... ¡phs!.. no señora...

—Pues bien, tanto mejor para vos... la envidia es una pasión devoradora, horrible, que corroe el alma y el cuerpo á la vez... es el fuego del infierno encerrado en el corazón humano.

—Pero por Dios! exclamó atónito Chateau-Fort ¿adónde vais á parar?... no comprendo...

—¿No comprendéis? ¡Ah! vos no podreis menos de convenir conmigo en la verdad de lo que os estoy diciendo, en que la envidia causa mas víctimas que la tisis; si, añadió Magdalena con tono dramático, es una tisis moral, que se ceba principalmente en las almas jóvenes.

—Pero por Dios! acabad ¿qué quereis decir?

—Que vos causareis imprudentemente la muerte á vuestra hija... si...

—¡A mi hija! exclamó Chateau-Fort levantándose aturdido, á mi hija!

—¡Si, á vuestra hija!... ¿Sabeis vos, añadió Magdalena, todo el veneno que infiltrais en su alma poniéndola siempre frente á frente de Laura, que mas dichosa ó mas necesitada, ha sacado mayor partido de las lecciones que le prodigué, tal vez con menos cuidado que á mi querida niña?

—¡Pero es posible! murmuraba Chateau-Fort, es posible que mi pobre hija tenga envidia!

—¡Vamos! respondió la Boumarché con una sonrisa sarcástica, os atreveréis á decir que no tendríais envidia, vos, vos mismo, á vuestra edad, si á todas horas os estuviesen citando vuestros padres el ejemplo de un plantador, mas inteligente, mas diestro, que con los mismos medios hubiese acumulado mas riquezas,

que vos, que fuese mas apreciado de sus capacidades, mas bendecido de sus esclavos?... Esto no es mas que una suposicion... pero estoy segura de que moririais de envidia.

Chateau-Fort se encogió de hombros.

—Además, continuó Magdalena con un atrevimiento que solo podia autorizar el dominio que ejercia sobre su amo; no todas las inteligencias son iguales; Laura es de esa raza ardiente y apasionada que se aviene muy mal con la indolencia de los isleños; Silvina es una criolla en toda la estension de la palabra, es una niña hermosísima y perezosa como una gran señora, ¿y quién sabe si vos á su edad habreis hecho los mismos adelantos en vuestros estudios?

Chateau-Fort calló.

—Creedme, señor, prosiguió Magdalena levantándose; la salud de Silvina no se ha resentido todavía, pero luego que el mal se inicie, será ya imposible la curacion. O alejad de aquí á Laura ó.....

Chateau-Fort hizo un gesto negativo de los mas enérgicos.

—Ah! es verdad! respondió Magdalena como recordando, si Laura saliese de aquí saldría tambien su padre.... teneis razon: en ese caso, señor, solo os queda un medio para evitar que vuestra hija se marchite como una flor corroida por un gusano invisible.

—Cuál? preguntó maquinalmente el propietario que empezaba realmente á temer por la vida de su hija única, y que se sentia siempre dominado por la elocuencia de la Boumarché.

—El de sellar vuestros labios acerca de las habilidades de Laura; admiradlas en hora buena como yo las admiro, porque son mi obra, pero no habéis mas de ella á vuestra hija; creedme, dejad que nuestra niña se robustezca, aunque ahora su aprendizaje sea lento, luego el deseo de agradar será mas poderoso que nuestros consejos de ahora..... además, vos sois rico, muy rico, una dama del gran mundo no está llamada á ganarse la vida trabajando.

—Ciertamente..... y despues de todo, Silvina es mi único tesoro. ¿Qué seria de mí sin mi hija? Entonces la Boumarché exigió á Chateau-Fort palabra formal de que seguiria su consejo, indicándole que en caso contrario se veria obligada á dejar la casa.

—Vos! exclamó el plantador asustado.

—Sí! yo! que todo lo preferiria á ver morir mi niña víctima de esa pasion horrible.

Chateau-Fort prometió, juró, se prestó á todas las exigencias de la Boumarché, cuyos cabellos recortados le encadenaban, y desde

aquel dia Magdalena fué la verdadera propietaria del ingenio de Chateau-Fort.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

NUEVO MANUAL DE SEÑORITAS.

Del modo de hacer el cuerpo de las chaquetas elásticas de una sola pieza.—Continuacion.

Por lo demás se continuará el cuarto de adelante en la forma que queda esplicada para la delantera de la de una pieza; y cuando se haya llegado al hombro, que tambien tendrá que hacerse seis puntos mas ancho si no se echa la franja, se acabará pasando al segundo que en todo será igual á este, y se egecutará del propio modo.

36. Tambien se hace lo mismo la espalda, una vez hechas las primeras vueltas con el tercio de puntos ó poco mas, aunque muchas acostumbran á echar mas puntos en la espalda que á cada uno de los cuartos de adelante. A la que quiera imitar á estas, no creo habrá que avisar que en este caso tendrá que dejar de hacer en los cuartos delanteros la cantidad de puntos que ahora se añaden al de la espalda, la cual deberá llevar seis vueltas ó filas de puntos mas de largo, si no se hace la indicada cenefa.

37. Se coserán los cuartos á la espalda de la misma manera que en la espalda, y los hombros se juntarán bien con la costura de unir elásticos ya esplicada, ó con la costura hecha á punto de aguja.

No se acostumbran á hacer chaquetas rayadas, y mucho menos caladas. Si se quiere que abriguen mas, en lugar de ribetearlas con la cinta dicha se las echa un forro de seda á pespunte ó picado. Este picado es diferente del pespunte á punto atrás, pues consiste en unir dos forros ó dos telas con líneas de puntadas de punto adelante con diversos compartimientos (1).

(1) Este género de labor, de que no he hablado en el capítulo de la costura, porque se ha anticuado, y ya

Del modo de hacer las almillas de señoras ó ajustadores.

38. Como los ajustadores ó almillas son unas chaquetas mas pequeñas, no hay para que repetir aquí lo que ya se ha explicado para hacer las segundas, que es comun tambien á aquellos. Los ajustadores, pues tienen por lo general la tercera parte menos, tanto de largo como de ancho, que las chaquetas elásticas de que acabo de hablar en el anterior. Lo comun es hacerlas de lana blanca, á punto que parece del revés; pero aun se usan mas de otras dos maneras, de las cuales una es mas fina y la otra es mas ordinaria. La primera consiste en hacerlas siempre del derecho con lana bastante fina; esta clase de punto abriga menos á la verdad que el punto del revés; pero como engruesa tambien mucho menos el talle, se le prefiere las mas veces. Las mangas de estas almillas se hacen siguiendo el punto circularmente ó á la redonda, lo mismo que una media.

39. La segunda manera consiste únicamente en hacer con lana de color, gruesa ó mediana, unos *ajustadores* que no son tan largos de mangas como las chaquetas; y son de consiguiente una especie de corsés que se guarnecen todo al rededor, por arriba y por abajo, con una franja ó cenefa de un color que haga oposicion con el dicho ajustador; cenefa que se echa tambien á las bocamangas. Esto es, si el ajustador es oscuro ó negro, de amaranto ó gris, la cenefa deberá ser verde, anaranjada ó violeta; y si por el contrario fuese aquel violeta, se le echa comunmente la cenefa ó verde ó amarilla, ú oscura. Las mugeres del pueblo suelen gastar mucho esta especie de corsés en el invierno, lo cual indico á mis lecto-

en el dia está casi enteramente sin uso, fué en otro tiempo muy favorito, haciéndose con él gorros, zagaleros, vestidos, corsés y botines respuntados. Para esto se *ponian* las dos telas sobre un bastidor, y con las mismas líneas de puntadas de punto adelante se iban siguiendo los dibujos trazados antes sobre la tela que habia de formar la haz del derecho, y entre ambas se embutia algodón sin hilar. Otras veces se contentaban con formar líneas diagonales opuestas entre sí, que producian cuadrados y rombos.

ENERO.

ras con tanto mas gusto, cuanto que se les proporciona así un medio de hacer limosna trabajando.

Estos ajustadores se parecen además á las chaquetas elásticas en no hacerse ni con listas ni calados.

Del modo de hacer los gorritos y casquetes para los niños.

40. Estos gorritos, tan cómodos para los niños y muchachos, hace muy pocos años que se han comenzado á usar: son ciertamente muy abrigados, sólidos y variados, y aun bonitos cuando se escoge lana buena, se casan bien los colores, y se trabaja con cuidado el punto. Háceseles de amaranto y negro, azul y negro, violado y verde, violeta y negro, negro y amarillo, etc., orlando ligeramente del segundo color los picos formados al rededor del fondo, con la misma labor del punto, y se les forra con tela de seda, para que la lana no roce inmediatamente con la cabeza. Si estos birretes ó gorros son para mugeres, no necesitan esta precaucion porque acostumbran á ponérselos sobre una papalina atada debajo de la barba; y ciertamente son útiles para cuando están resfriadas ó tienen fluxiones. Ved como se hacen.

Hay dos suertes de gorritos: unos con picos y otros sin ellos, calados, etc.; pero el fondo es siempre el mismo.

41. Comiénzase el gorro por la estrella que se encuentra en lo alto, y se hace como un bolsillo, esto es, por medio de crecidos. Despues de haber tomado lana fina y de color elegido para el fondo del gorro, se entrelazan cuatro puntos sobre dos agujas, precisamente lo mismo que para principiar una media. Sacando una de estas agujas, repártense los cuatro puntos dobles que tenia en cuatro agujas comunes; hecho lo cual, se hace una vuelta; en seguida se ha pasado el hilo sobre la aguja y se acaba el primer punto; y pasado de nuevo el hilo sobre la aguja, se acaba el segundo punto, operacion que se repetirá con las tres agujas. A la vuelta siguiente los hilos que se han pasado sobre la aguja se emplean y se



cambian en puntos. Para que la estrella salga mas bonita, se hace á cada vuelta un agujero que se llama de *calado*, cuyos agujeros se hacen de este modo. Se principia por hacer tres puntos del revés, y en seguida, cuando se ha acabado la vuelta, el primer punto que sigue inmediatamente á los tres hechos del revés, se hace tambien al revés; en esto se ha pasado el hilo sobre la aguja, y los dos puntos restantes se acaban juntos del revés. De esta manera la estrella se alarga y continúa hasta que se crea bastante grande. Cuando es pequeñito el gorro y hecho con lana fina, será de bastante magnitud en habiendo veinte puntos sobre cada aguja. Los menzudos se hacen de este modo: despues de haber pasado el hilo sobre la aguja, como al principio, se acaba el primer punto; y vuelto el hilo á ser pasado de nuevo sobre la aguja, se sacan los dos puntos que siguen uno sobre otro. Esta operacion se repite sobre todas las agujas, y se continúa hasta cerrar las puntas de la estrella. Despues se hacen algunas vueltas con lana de otro color, y se comienza la *cenefa*, ya á *picos* ó ya de *calados*. Si el gorro es sencillo, puede hacerse unida dicha *cenefa*, adornándola del modo siguiente: primero se hacen seguidamente tres puntos unidos ó de punto inglés; luego el cuarto del revés; el quinto unido, y el sexto del revés; y por último, otros unidos como al principio; lo cual representa las fajas estraidas ó acanaladas, llamadas comunmente del *Valais* (pronunc. *Valé*). Esta *cenefa*, de que acabamos de hablar, se hace con lana igual á la del fondo, y tomando inmediatamente otra, se hacen cuatro ó cinco vueltas del revés para formar la orilla, digamos así, del gorro; y tambien pueden hacerse diferentes *calados*, no menos que algunos puntos sobrecargados uno al lado de otros, á cada tres ó á cada seis vueltas.

(Se continuará.)

LA PASCUA DE NAVIDAD.

Es muy probable que ninguno de nuestros lectores ignore el cuento del fraile que debiendo predicar el panegírico de cierto santo subió y dijo á su auditorio: «Hoy hace un año que en este mismo sitio os hablé de la vida y de los milagros del santo cuya fiesta tiene lugar en este momento; pero como no he sabido que desde entonces acá haya hecho cosa que merezca nuevo sermón, me refiero en un todo á lo que en aquel os manifesté.» Dicho lo cual se bajó del púlpito.

Esto mismo nos acontece á nosotros respecto de la Pascua de Navidad. La de este año se ha parecido á la del anterior como se parecen dos gotas de agua, bien así como aquella se asemejó á la que la precedía, y así sucesivamente hasta una época tan remota á que no la alcanza la memoria de los hombres. Tómese por tanto quien guste el trabajo de leer cualquiera de nuestros quince artículos consagrados á la misma materia, y le tendrá como escrito para el año de gracia que acaba de finalizar su nada dichosa carrera.

Una dificultad ofrece, sin embargo, este medio que proponemos, y es la de encontrar en efecto alguno de esos artículos nuestros que citamos. Los periodistas, en el hecho de serlo, debemos renunciar á la fama póstuma, y resignarnos á ver nuestros escritos todos envolviendo especias en los almacenes de comestibles. Sus bibliotecas son en último término nuestras propias cocinas, y hartos mas de ellos se ven en los fogones que en los estantes.

Entendido esto, pasemos á reseñar brevísimamente lo que ha sucedido en esta Navidad.

Las misas del gallo han estado concurridísimas, y los templos han rivalizado en esplendor y solemnidad, siendo notable en ellos el orden y el recogimiento. La algazara profana se ha quedado del lado de allá de sus puertas; cosa que antes no siempre sucedía.

A pesar del gentío que alegre se solazaba por calles y plazas al son de las panderetas, no ha habido que lamentar la mas insignificante desgracia ni aun la quimera mas leve. Cádiz sabe siempre demostrar su cultura hasta en sus mayores desahogos. La policía ha vi-

gilado, pero nada ha tenido que corregir.

Los días de Pascua han sido apacibles y hermosísimos. La concurrencia á los paseos abundante, segun era de esperar. La elegancia ha desplegado todos sus coquetos recursos en telas, en trages, en abrigos y en sombreros. Las laboriosas confecciones de todo Diciembre han venido á ostentarse en las Delicias bajo un esplendente sol andaluz, que ha permitido lucir pluma á pluma, adorno á adorno y puntada á puntada todas las maravillas de la moda, realzando las naturales gracias de nuestras paisanas. Las pamelas han sido innumerables, los miriñaques campanudos y agresivos, el lujo aterrador.

Nuestras damas sudaban lamentablemente bajo las pieles que las cubrian, sin tener en cuenta la diferencia de temperatura que tiene Cádiz respecto á Paris ó á Londres, y sin reflexionar que si bien trae pieles el figurin, no señalan nunca los figurines los grados del termómetro bajo los cuales tales adornos se usan.

En cuanto á la parte gastronómica, para los no pollos harto mas importante que las pamelas y que las peleterías, no hay que decir sino que continúa el pavo siendo la víctima de fórmula, y el turron la consecuencia final de toda comida de Pascuas.

Respecto á pavos diremos que de poco acá se ha introducido alguna innovacion en el modo de venderlos, si bien no en el modo de comerlos, que esto entra en el número de las costumbres arraigadas.

En efecto, antes las pías paseaban las calles, seguidas de un hombre que empuñando una caña descomunal ponía coto á los desmanes de su insubordinada tropa, pero mas tarde, con el fin de evitar los escesos á que pudiera entregarse aquella turba audaz y desenfrenada, se suprimió el paseo, estableciéndose depósitos permanentes en las cercanías de la Catedral.

Sin embargo, los vendedores, con el fin de dar mas fácil salida al género, penetran en las calles llevando en brazos á los pavos á guisa de niñeras que mecen en los suyos al roorro para que se duerma, y de aquí es de donde frecuentemente pasa á manos del gallego que ha de conducirle á su última mansion. Entonces todo varía de aspecto. El gallego comprendiendo que todo miramiento es inútil ya,

cárgalo sobre sus hombros asido de entrambas patas, y la víctima abriendo las alas, estirando el pescuezo, y alargando el moco, empieza á barruntar el trance que le aguarda. Este no se hace esperar mucho. Llega á la cocina, vé prevenir la cazuela, oye el afilar del cuchillo pavicida, y á poco ya ni vé ni oye. Su sangre corre, sus plumas arrancadas vuelan á la basura, una pavera es su lecho mortuario, y su sepulcro los estómagos de los que al devorarle hacen su elogio fúnebre, no ocupándose de sus virtudes, ni de la apacibilidad de su carácter, ni de sus hábitos inofensivos, sino de lo sabroso de sus pechugas y de la rotundidad de sus formas.

Buen provecho nos haga á todos, y Dios nos le dé con salud para otras Navidades, á trueque de que nuestro artículo de entonces sea todavía mas corto que el que hoy dedicamos á los solaces propios de la época.

Ha concluido, pues, la Pascua propiamente dicha. Nos queda, sin embargo, la de Reyes, que es Pascua de caballeros. La aristocracia quiere penetrar hasta en los dominios del almanaque.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Reapertura del Teatro Principal.

YA PARECIÓ AQUELLO.

Hoy es día de cuentos.

Érase una niña, la cual habia llegado á los seis años de su edad sin haber medio de hacerla pronunciar una sola sílaba. Teníanla ya sus padres por muda, pero el médico les aseguraba que hablaría al cabo, puesto que ningun defecto de organizacion se la notaba. Ocurrió pues que cierto día la niña comenzó á dar indicios de querer romper á hablar, y señalando á una cuchara balbuceó repetidas veces cu... cu... cu, con lo cual la mamá, en el colmo de la alegría, gritó: "Callad, que va á decir cuchara." Siguió aun algunos segundos con su cu... cu., hasta que al fin soltó la lengua y con sonora voz dijo: "Cu... culacha," dejando frios á los que esperaban los primeros frutos de su tardía verbosidad.

No menos frios se han quedado los concur-

rentes al Principal, cuando despues del largo mutismo de aquel coliseo, la empresa les ha salido ahora con *cu... culacha*.

En efecto, meses ha se presentaron proposiciones para tomar este teatro con el fin de hacer trabajar en él á una compañía de zarzuela, no que hubiera de formarse, sino formada y ya contratada para la Habana; cuya compañía, temerosa de pasar á aquel punto en los momentos en que la fiebre amarilla hacía allí tan considerables estragos, tenia intencion de demorarse en Cádiz hasta tanto que cesase la estacion peligrosa. Con aquella compañía se contaba, pues, apareciendo en primer término entre los artistas que la formaban el nombre de la Srta. Ramirez; nombre que servia de egida á los de los otros, y que era por sí una garantía, toda vez que no entraba en la cabeza de nadie que se hubiese formado una reunion de cantantes para que la tiple cantase sola. Eran pues zarzuelas, y no arias coreadas, las que era legítimo esperar.

Pasaron en estas y en las otras los dias y los meses. Abríanse de vez en cuando las puertas del teatro para dar paso á albañiles y á espuertas de escombros. Todo se volvía hacer que hacemos. Cumplióse el último é improrogable plazo para presentar el espectáculo; anunciábase que los artistas habian comenzado á llegar; pero estos artistas eran como los duendes, no los veía nadie; todos los dias se esperaba en el muelle á la Srta. Ramirez, y la señorita Ramirez estaba aun en Madrid rompiendo lanzas con la empresa del teatro de la Zarzuela; el Sr. Camprodon disparaba bala roja contra todo teatro que cobijase á la artista recalcitrante, y en tanto el teatro Principal, víctima de la fatalidad que le persigue, continuaba con las puertas cerradas.

Abriéronse estas en fin con motivo de las Pascuas, y una concurrencia numerosísima se precipitó á ellas. No existía por tanto prevencion de ninguna especie; pero aquel telon tras del cual se ocultaban tantas ilusiones, se alzó al fin, y las ilusiones desaparecieron. La realidad no valía ni con mucho los diez reales que costaba la entrada y la luneta, y sospechóse que tampoco habia de valer los once que tendria que costar algunas noches despues. El público permaneció mudo y silencioso, salva al-

guna que otra tos. Su cultura le hacia devorar su disgusto y hasta su aburrimiento; pero no se necesitaba ser muy lince para comprender que aquel silencio era de funestísimo agüero para el porvenir de la compañía.

La señorita Ramirez se presentó al fin el mártres, dia aciago de suyo, y aunque no lo fué para ella, puesto que se le tributaron los aplausos debidos á su ya conocido mérito, se comprendió que una artista sola no bastaba á constituir toda una compañía de cantantes, tales como este público está acostumbrado á oír y á ver, tales en fin como exige la categoría de este teatro y el gusto de las personas que á él habitualmente concurren.

En la misma noche se presentó un nuevo barítono. Ya teníamos otro.

En los cantantes acontece lo que en los remedios. Cuando hay muchos para una misma enfermedad es señal de que ninguno de ellos tiene eficacia para curarla.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

Decididamente la moda tiene los honores de la prensa, y cualquiera puede mostrarse orgullosa de ser cronista de los trapos. En otro tiempo los periódicos de París miraban con soberano desprecio á los periódicos de modas. ¡Cuántas futilidades! decían. ¿Pero quién lee esto? Las modistas y las costureras.

Vosotros experimentais un maligno placer al tocar á nuestros trages y á nuestros adornos para hacernos creer que teneis buen gusto, y habeis declarado la guerra á nuestros mirínaques.

Me haceis sonreír, porque nada absolutamente entendeis de modas.

Nuestros alhucadores os escandalizan, pero preguntad á vuestros abuelos si no les parecían muy bien vuestras abuelas, á pesar de sus vestidos alhucados por el tontillo.

Por otra parte, el guardapiés-tontillo de Mme. Constant-Jourdan, ha tomado este último nombre para hacer ver que sostiene el trage, puesto que él no ofrece rigidez ni resistencia alguna: por el contrario, es flexible, gracioso y elegante, y no tiene ninguno de los inconvenientes de los alhucadores armados de hierro. Para el paseo á pié en los tiempos

lluviosos, el guardapiés-tontillo ha cambiado de envoltura, que es en estos casos negra, permaneciendo el color blanco para vestido de carruaje ó de reunion.

El establecimiento de Vendome-Hirne, al que se puede considerar como el imperio de la lencería económica y lujosa, tiene siempre nuevos modelos muy fantásticos y muy coquetos, ya de dormilonas, ya de peinadores, ya de batas de mañana, y ya en fin de cuellos y de mangas.

Las mangas cerradas por el puño tienen gran éxito para el paseo.

Las mangas abiertas se reservan para los equipos de teatro ó para comidas de cierta etiqueta.

Mme. Marechalle hace muy elegantes trajes de visita ó paseo, con mangas ajustadas segun el estilo de Luis XIII y el de Francisco I. Las mangas lisas de esta última época están cubiertas por una segunda manga flotante. Esto es muy elegante y muy rico para trajes de telas suntuosas, como por el ejemplo, el muaré *antique* y el terciopelo.

Las mangas Luis XIII son por arriba acuchilladas y fofas, con manguito llano de encage y vueltas en la parte inferior ó puño.

Las mangas ajustadas no se oponen al furor de las mangas desmesuradamente anchas y largas, llamadas mangas persianas, mangas chinas ó mangas odaliscas.

Los corpiños se hacen con puntas, sin faldetas, y con faldetas formando doble enagua.

Los trajes de baile son siempre muy vaporosos. Grandes paños de tul, retenidos de esta ó de la otra manera por ramos ó por broches de flores.

Voy á deciros algunos adornos de cabeza, hechos con flores por Mme. Millery, y que de seguro lograrán la aprobacion de las jóvenes lindas y elegantes.

Un prendido Sultana compuesto de hojas de agua verdes, con tinta púrpura, polvoreados de diamantes, bellotas de gusanillos de oro y punzó, y tapa-peine formado por una ancha hoja de terciopelo púrpura, atravesada por una fila de cuentas de oro, la cual se enrolla en los follages cayendo despues formando collares.

Una corona de arianna de agraz y uvas gruesas, follage de terciopelo y hojas de vid con adornos de oro.

Un prendido Francisco I, reproducido con musgo de flores de spiréa, formando pluma hácia un lado, y hácia el otro gran copete de follage verde azof, atados ambos por medio de un nudo de terciopelo punzó.

Mme. Jourdain prepara para los vestidos de baile y de teatro deliciosas bertas y paño-

letas de tul y de encage, que representan, por decirlo así, corpiños; esto es, que estas bertas y estas pañoletas sirven de adorno y de guarnicion á los corpiños lisos.

Respecto á equipo de paseos y visitas diré que se usan enormemente terciopelos dalia, naranja y grosella, y terciopelo escocés mezclado con terciopelo negro.

Los sombreros de un solo color se llevan poco, porque no son bastante fantásticos.

Casi todos los sombreros de Mariton son, por tanto, de dos colores. Coloca en los de teatro y de carruaje plumas escocesas. El sombrero es de terciopelo blanco real con borde de ala, de copa y de coetilla de terciopelo escocés. Al lado ramo de plumas escocesas, de las cuales una se separa y viene á enroscarse en el interior. Cintas blancas con cuadros de terciopelo escocés.

Mariton tiene grande acierto en los prendidos llamados Diana de Poitiers y Gabriela de Estrées, dos prendidos diferentes, de los cuales cada uno posee su gracia especial, si bien ambos son de gran señora.

El prendido Diana es de terciopelo negro, bordado de gruesas cuentas de oro, con garzota de pluma blanca á un lado, y collar de cuentas de oro al otro.

Sabido es que Diana de Poitiers, despues de la muerte de Enrique II, no se quitó jamás el luto.

El prendido Gabriela es de terciopelo azul de China, enriquecido de cuentas de oro, y banda de tul bordada con las mismas cuentas.

Las salidas de baile están guarnecidas de plumion, de marabus, de plumas de avestruz de la India, de colimbo, de armiño y de cisne blanco.

Ultima palabra. Se trata de un prendido de Mme. Dowling, llamado *prendido Odeta*.

Se compone de tiras de terciopelo grosella bordadas de perlas, con un doble nudo de terciopelo cayendo en dos largas bandas terminadas por bellotas de perlas.

Este adorno nada es en sí, y sin embargo es todo, puesto que es la gracia misma.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

La esplicacion del figurin de modas y de la hoja de patrones y bordados, la daremos en el inmediato número.

EL CANTO DE LOS HELENOS.

NOVELA TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

DON EUGENIO DE OCHOA.

(CONCLUSION.)

Mi abuela me prodigó mil desvelos; mi tia como siempre seria y digna sin demostrarme resentimiento ni acrimonia, indulgencia que me llegó al alma, porque haciendo por primera vez un sincero exámen de mi conducta pasada, reconocia cuan imprudente y ligera habia sido al aventurar el sosiego de los otros como el mio propio. Poco á poco consentí en ir recobrando maquinalmente los hábitos de la vida ordinaria: volví á asistir al salon por las noches, y si ya no llevaba al pequeño círculo de familia mas que una profunda tristeza, no habia en mí á lo menos ni malevolencia ni orgullo.

No me hagas un mérito, Blanca, de aquella súbita humildad. Mi convalecencia moral llegó acompañada de desvelos tan cariñosos que, penetrada de gratitud, debí hacer todo lo posible, como un enfermo querido, por ocultar hasta mis padecimientos á los que con tanto afan los espiaban para calmarlos.

Mi pobre abuela, á pesar de sus años, hacia constantemente esfuerzos por distraerme; á veces sin embargo, una palabra soltada inconsideradamente en su conversacion, venia á reavivar mis heridas recordándome lo pasado. Mi tia fué siempre para conmigo un acabado modelo de prudencia y tacto; sin embargo, me era imposible vencer la especie de repulsion que me inspiraba.... Mi prima Noemi, buena y siempre riendo, haciendo inútiles esfuerzos por alegrarme.... Ah! mi juventud habia acabado....

Pero de quien principalmente quiero hablarte es de Jorge, de Jorge á quien solo entonces aprendí á conocer, y que me trataba con un afectuoso respeto, con una delicadeza de que pocos hombres son capaces. Si alguna alusion indiscreta venia á hacerme sonrojar, él sabia con maña mudar la conversacion, y sin mostrar nunca el propósito de distraerme, casi siempre lo conseguia. Sí, aquella era una convalecencia moral, hija mia, y ¿no es verdad que los enfermos suelen tener junto á su cabeza algun asistente preferido que mete menos ruido que los demás, y posee el don de

hacerle á uno encontrar las medicinas menos amargas?....

Así transcurrió un mes, que aun hoy no puedo recordar sin profunda emocion. Por primera vez comprendia yo entonces las santas dulzuras de la vida de familia: la paz, la uniformidad que reinaban en derredor de mí, y que antes me hubieran parecido tan monótonas, sosegaban mi espíritu y mi corazon. Poco á poco llegué á avergonzarme de mi ociosidad, y volví á tomar la aguja, el pincel.... Un dia Noemi me hizo abrir el piano y toqué algunas notas.... reminiscencias de cantos, de bailes... qué sé yo?... luego me levanté bruscamente, y desde aquel dia he abandonado la música para siempre. El canto de los Helenos resonaba todavia en mi corazon como un amargo sarcasmo...

Jorge, naturalmente frio, reservado, desconfiado de sí mismo, tal vez á causa de su carrera de marino que le tenia alejado del mundo, tal vez por efecto de la sujecion en que siempre le habia tenido su madre, Jorge no me hubiera dejado nunca conocer todos los recursos de su ingenio y de su corazon en circunstancias mas felices. Para distraerme y consolarme osó mostrarse amable, instruido, afectuoso, muy diferente de los hombres que no saben hacerse amables mas que por vanidad y delante de un auditorio.

Muchas veces, la idea de la próxima partida de mi primo se presentaba á mi imaginacion causándome una especie de terror, pero me tranquilizaba pensando que aun le quedaba un mes de licencia y que siempre volveria á Braizieux entre viaje y viaje.

Una mañana, mi tia recibió una carta que pareció causarle una viva satisfaccion; pasóse-la á mi abuela y ambas hablaron un momento en voz baja, con cuyo motivo quise retirarme por discrecion, pero no me dejaron.

—Querida Albina, me dijo mi tia, justo es que sepas un suceso de familia en el que estoy segura de que tomarás un sincero interés: Jorge se casa.

—Ah? exclamé sin poderme contener.

—Te admiras? en efecto, nada hasta ahora podia hacerlo presumir; sin embargo, no es una estraña la esposa que le destinamos. Se casa con Noemi.

—Noemi, repuso mi abuela, es todavia una niña. Entre nosotras sea dicho, Jorge opuso al principio muchas objeciones, diciendo que su prima era demasiado jóven para él, que un marino está mejor de soltero para arrostrar los peligros de su carrera: la echa de viejo.... Pero mi nuera se ha empeñado y tiene un hijo modelo que la obedece en todo.

—Sí, replicó Mme. de Braizieux con firmeza, yo creo que es llegada la época en que Jorge debe casarse. Diga él lo que quiera, es gran consuelo para un marino saber que á su regreso le aguarda una familia. Durante sus ausencias, Noemi vivirá con su abuela, aquí, ó conmigo, y en cuanto que Jorge hará feliz á su muger, es cosa de que estoy bien segura.

—Oh, sí! dije profundamente conmovida, y ojalá le dé Noemi toda la felicidad que puede ofrecer este mundo!

En aquel momento entró Jorge.

—Ven, le dijo alegremente mi abuela; ven á recibir los plácemes de Albina que ya lo sabe todo.

Lleguéme á él, le cogí las dos manos y le dije con voz temblorosa:

—Bendiga el cielo tu eleccion! él te preserve de todas las aficciones y te conceda todas las felicidades de la vida!

Jorge volvió la cara, triste, turbado, como si por un impulso de compasion, no quisiese mostrarse feliz delante de mí.

La carta recibida por la mañana anunciaba la próxima llegada de los padres de Noemi, que no podían pasar mas que pocos dias en Braizieux y deseaban llevarse luego á los novios consigo. Era preciso darse prisa, porque la licencia de Jorge estaba para cumplirse, de manera que todos los preparativos se llevaron por la posta.

Desde aquel dia sucedió á nuestra pacífica vida de antes un trastorno general, en el que por mi parte conocí desde luego que debia eclipsarme lo mas posible: hartó habia dado que hacer á todos por largo tiempo.

Noemi mostraba la bulliciosa alegría de una niña, sin pensar mas que en sus galas de novia y consultándome á cada instante sobre mil fruslerías. Jorge, obsequioso en extremo con ella, y lleno de delicadeza en todo, accedía con indulgente sonrisa á sus caprichos, pero dejaba entrever con frecuencia un abatimiento, una pena que todos atribuían al sentimiento de tener que dejarnos tan pronto.

Como sucede siempre en el campo, una boda, por muy sencillamente que se quiera celebrarla, ocasiona una especie de revolucion doméstica. Fué preciso convidar á una multitud de parientes y amigos, que organizar comidas y fiestas de familia, y como yo tomaba la menor parte en aquel desusado movimiento, creían, aunque disculpándome, que el espectáculo de la felicidad agena me causaba envidia... Ah! bien sabe Dios, hija mia, que ese vergonzoso sentimiento estaba muy lejos de mi corazón!

La víspera de la boda, mi tia me llamó á su cuarto, donde la encontré examinando varios aderezos: su fisonomía me pareció menos impasible que de costumbre.

—Dame tu parecer, Albina, me dijo. Estos son los diamantes que destino á mi nuera; están montados á la antigua, pero ¿no te parece que vale mas dárselos así? Noemi los hará montar á su gusto: yo no lo entiendo, y confieso que me seria doloroso hacerlos cambiar.

En seguida me ciñó al cuello y á las sienes un collar y una diadema.

—Muy hermosos son, le dije; y mirándome al espejo tan triste y tan bien prendida se me saltaron las lágrimas.

—Pobre niña! suspiró mi tia.

Luego como hablando consigo misma prosiguió.

—No creía yo que estas joyas serian para Noemi. —Y sacando de una caja una sortija y poniéndomela en el dedo, añadió:

—Toma esta memoria y consévala tal cual está en prenda de mi cariño.

Mi mano temblaba al recibir aquella inesperada prueba de afecto en un momento en que me hallaba tan miserablemente abandonada. No sabiendo como dar las gracias á mi tia, me arrojé á sus brazos anegada en llanto.

—A lo menos, me dijo estrechándome sobre su pecho, siempre serás mi hija por el corazón! Cuando todos se vayan, tú te quedarás conmigo.

En esto llamaron á la puerta, Noemi, luego mi abuela y Jorge. Yo huí á mi cuarto para ocultar mis lágrimas: entonces, hincándome de rodillas, pedí á Dios un poco de calma, y me acusé de debilidad, de egoismo, de cobardía,—y me levanté en fin mas serena, considerando que todos debemos sobrellevar en esta vida el peso de nuestra cruz.

Luego abrí los aderezos que me habia dejado mi madre y eligiendo el mejor fuí á llevárselo á Noemi.

—Querida prima, la dije, este es mi regalo de boda. Cuando te pongas este aderezo, pensarás alguna vez en mí.

Dióme gracias con efusion y me retuvo en su cuarto para hablarme largamente de todos esos castillos en el aire que se forjan las novias.

—Yo desearia que vinieses á vivir conmigo, á lo menos una parte del año. Te diré en confianza que Jorge, no sé por qué, se opone... Haz por ser amable con él.... Creo que te mira con cierta ojeriza.

—Jorge tiene razon, respondí. Al lado de un matrimonio jóven, una tercera persona es siempre importuna. Tú no necesitas de mí,

querida prima, y mi deber me llama al lado de nuestra buena abuelita.

Celebrada la boda, y llegado el momento de la despedida, Noemi se dirigió al coche donde ya la aguardaban su padre y su madre: Jorge, que se había quedado un poco detrás, abrazó á la suya y á su abuela profundamente conmovido y quiso en seguida echar á correr, pero mi abuela le detuvo.

—Cómo! pues y Albina.... ¿te vas sin abrazarla? Mira, Jorge, te advierto que si á tu regreso ya no me encuentras en vida, quiero que sea para tí una hermana!...

Jorge se llegó, me apretó la mano y me dijo en voz baja:

—Una hermana... jamás!

El silencio que sucedió á todo aquel tumulto de la partida me restituyó á mí misma. Mi tia se retiró á su cuarto, yo al mio, sin atreverme siquiera á pensar en lo que me pasaba... mas cuando me encontré en aquella estancia solitaria, testigo de tantos desengaños y de tantos dolores, lloré de nuevo, y por mucho tiempo!...

—¿Qué es esto? por qué me aflijo así? me dije en fin aterrada en vista de aquella nueva flaqueza... Ya solo pienso con indiferencia en aquel hombre á quien he amado... ni odio, ni indignacion me inspira ya siquiera... Me queda una familia querida.... Jorge es feliz.... Lo será....

Entonces conocí que estaba haciendo vanos esfuerzos para engañarme á mí misma y que por quien lloraba no era solo por mí... por Jorge, á quien en otro tiempo había tenido derecho de amar y á quien había rechazado y perdido para siempre...

Cerca de treinta años han transcurrido, Blanca, desde aquella época, y si me he atrevido á hacerte esta confesion es porque Jorge ya no existe y Noemi lleva otro nombre... Sí, ha muerto en el mar, lejos de todos los suyos. De comun acuerdo nos vimos muy pocas veces.

Ahora déjame darte este último consejo. Si tu imaginacion te arrastra á un sentimiento tierno... mira bien lo que haces. ¡Precávete! no comprometas tu vida por esperanzas quiméricas: muchas veces lo que preferimos en la primavera de la vida es la poesía, es la novela... y todo eso se deshoja como las flores de la primavera. Conserva tu corazon para un sentimiento mas sério, y si encuentras un guia seguro, un amigo grave y tierno juntamente, que una madre ilustrada te proponga para esposo, no le rechaces.... Podrias llegarle á amar cuando ya fuera tarde y conocer por experiencia que jamás se perdona uno á sí

mismo haber rechazado su propia felicidad, cuando sabe lo que vale.

EL CONDE DE SEGURAT (1).

LA ROMERÍA.

I.

—Muy temprano, muy temprano
Te levantas hoy, María;
Muy tempranito te peinas,
Muy tempranito te alañas!
¿A dónde vas, niña, á dónde?
—Voy, madre, á la romería,
Que el tamboril desde el alba
Resuena en Santa Marina.
—Cuida, niña, de tu honra
Y de tu corazon cuida,
Que en esas fiestas exponen
Honra y corazon las niñas.
—No tengo pena, mi madre,
Que Juan ayer me decia:
"Ay, niña, cuánto te quiero!
Ay, cuánto te quiero niña!"
Y como me quiere tanto
Y es tanta su valentía,
Mi corazon y mi honra
Defenderá si peligran.
—Niña, niña, la inocencia
En tu corazon habita,
Y mis amantes temores
En esa inocencia estriban.
¡Ay de la niña que pierde
Liviana ó inadvertida
Honra y corazon, mas caros
Que el oro y la plata fina!
—Adios, madre, hasta la noche;
Que el tamboril muy aprisa
"tan,-taran,-tan-tan, resuena,
"resuena en la romería."

II.

Por la entrada de Mendieta
Baja á la fiesta la niña,
¡Ay Dios, qué ligera baja!
¡Ay Dios que linda, que linda!
No saltan de roble en roble
Mas ligeras las ardillas
Que salta de llosa en llosa
Los altos setos María.
Su pié, tan leve que apenas
Dobla la yerba que pisa,
Zapatito fino calza

(1) Seudónimo de una Señorita.

Y calza azul media fina.
Blanco es su vestido, blanco
Como su seno, y prendida
En la sien lleva una rosa
Del color de su mejilla,
Y en dos trenzas, cuyos lazos
La inocencia simbolizan,
Su cabellera, tan negra
Como sus ojos, se agita.

Desiertos quedan los campos,
Desiertas las caserías
Que entre los robles blanquean
En las montañas vecinas;
Que alegres mozos y viejos
Bajan al valle en cuadrilla.

Los mozos bajan al baile,
Los viejos bajan á misa;
Pues el tamboril, en tanto
Que las campanas repican,
"Tan-taran-tan-tan, resuena,
"Resuena en la romería."

III.

Ribera del manso rio
Hay un campo que á porfía
Altos nogales sombrean
Y olientes flores tapizan.
Las brisas del Oceano
Que á lo léjos se divisa
Llegan hasta allí, y la atmósfera
Refrescan y purifican.
En el centro de ese campo
Rompe la bóveda umbría
De entrelazado follaje
La espadaña de una ermita.
En ese campo, morada
De soledad otros dias,
Hoy tiene el placer su imperio,
Su centro tiene hoy la vida;
Pues tamboril y campanas
Llaman á la romería
Y en tan alegre concierto
Todas las penas se olvidan.
Allí confundidas yacen
Edades y gerarquías
Y ante la ley del contento
Las almas se identifican:
Id allí ciegos apóstoles
De fatalistas doctrinas;
La felicidad no es sueño
Ni la libertad mentira,
Que ambas se gozan al son
Del tamboril que hoy aprisa
"Tan-taran-tan-tan, resuena,
"Resuena en la romería."

IV.

El corazon se dilata
ENERO.

Y alborozado palpita
Cuando los ojos contemplan
Ese manantial de dicha.
Bordan la márgen del rio
Y el ambiente aromatizan
Mil canastillos de frutos
Que Pomona envidiaria;
Y bajo toldos de ramas
Do quier á la gula incitan
Sabrosísimos manjares
Y deliciosas bebidas.
A la sombra de los árboles
Comen, y beben y brindan
Sobre manteles de flores
Cien venturosas familias,
Y esos campestres banquetes
Alegra la sinfonía
A cuyo compás los ciegos
La caridad solicitan.
¿Veis aquel círculo inmenso
Allá enfrente de la ermita,
Que se estrecha ó que se ensancha,
Que ya aplaude ó que ya silba?
Ya el "villano" le entusiasma,
Ya el "aurescu" le electriza,
Ya el "fandango" le alborozza,
Ya el "arin-arin" le anima,
Que el tamboril sin intervalo
Y cada vez mas aprisa,
"Tan-taran-tan-tan resuena,
"Resuena en la romería."

V.

El sol escondió su disco
Entre nubes purpurinas
Tras las montañas que el valle
Por Occidente limitan,
Y á poco á poco el murmullo,
Y el movimiento, y la vida
Se debilitan y mueren
En derredor de la ermita.
Mas la vida que allí falta
Por valles y por colinas,
Por llosas y costanares,
Y por estradas sombrías
Con doble vigor se extiende
En direcciones distintas.
Oid, oid los cantares
Y los gritos de alegría
Con que atruenan los romeros
Las selvas circunvecinas.
Por la estrada de Mendieta,
Torna á su casa una niña,
Y como es miedosa lleva
Un galan por compañía.
Hermosa ha sido la fiesta;
Pero tú no sabes, niña,
Que el néctar tiene sus heces
Y las rosas sus espinas.

Acaso llores otro año
 Cuando el tamboril aprisa
 "Tan-taran-tan tan, resuene,
 "Resuene en la romería."

VI.

"Ay de la niña que pierde
 Líviana ó inadvertida
 Honra y corazon, mas caros
 Que el oro y la plata fina!"
 Así te dijo tu madre
 Hoy hace un año, María,
 Y por Dios que según lloras,
 No mintió tu madre, niña!
 Nadie tu llanto recoge,
 Que ya para nadie brilla
 Una perla en cada lágrima
 De tu apagada pupila.
 Esas vírgenes que fueron
 Tus compañeras queridas
 Felices con su inocencia
 Bajan á la romería,
 Y tú avergonzada escondes
 La frente descolorida
 y ni á decirles te atreves;
 "Adios, compañeras mías!"—
 El tamboril allá abajo
 Difunde el gozo y la vida;
 Pero su son, los dolores
 De tu corazon aviva,
 Que en este día se cumple
 Una fatal profecía,
 Que hoy hace un año te dijo
 Presintiendo tu desdicha:
 "Acaso llores otro año
 "Cuando el tamboril, oh niña,
 "Tan-taran-tan-tan, resuene,
 "Resuene en la romería."

ANTONIO DE TRUEBA.

REVISTA DE MADRID.

Canto en fa sostenido. = *Recuerdos.* — *Sus bellezas.* — *Cántiga sin amores.* = *Felicitaciones.* = *Punto y paréntesis.* = *Un pobre de temple.* = *Vida pobre y muerte rica.* = *Desgracias.* = *Una francesa.* = *Una Marquesa.* = *Una Infanta.* = *Jubileos.* = *El Príncipe de Asturias.* = *Su bautizo.* = *Solemnidad.* = *Batir el oro y la plata.* = *Lluvia sonora.* — *Monseñor Barilli.* = *Su llegada.* = *La Reina.* = *Su salida.* = *Trage antiguo.* = *Fiestas.* = *Preparativos.* = *Bailes.* = *Semana bien dispuesta.* = *La señorita Doña Mónica Urrutia.* = *Bau-*

tizo. = *Anécdota.* = *Navidad.* = *Noche buena.* = *Pascuas.* = *Pascueadores.* = *Gabanes.* = *Fin del año.* = *Adios.*

Año 1858.

Año nuevo.

El derrame sobre vuestros corazones tantas alegrías, como de tristezas derramó sobre el mío este que de morir acaba.

Érase la noche del 24 de Diciembre de 1849.

El cielo estaba encapotado como alma sin esperanzas.

La tierra parecia sumida en un éxtasis de admiración.

Todo callaba.

Y en Vizcaya el silencio de la naturaleza, tiene algo de ese sublime silencio, de una madre romana sobre la tumba de su hijo.

Tiene algo de esa pasmosa veneración con que los naturales amamos cuanto del Creador emana.

Aquella noche, pues, iba yo de camino.

Atravesaba el Valle de Vizcaya para llegar á la hora en que Dios bendice á las familias reunidas para adorarle.

Mi caballo caminaba triste.

Yo lo iba también.

Las tempestades desencadenadas en mi corazon me iban pareciendo un espantoso sarcasmo al lado de aquella calma glacial.

Y sin embargo, no sé que extraña simpatía, no sé que profundo presentimiento me hacia acortar la marcha á mi impaciente corcel.

Aquellas gigantes colinas cubiertas de árboles mústios, silenciosos y desgajados: aquellos arroyos serpeando y mugiendo en la oscuridad, como otras tantas lenguas eternizadas allí para alabar al Señor: aquellas casitas blancas y ocultas entre los desnudos troncos como Sílfile huyendo de algun Sátiro ó Fauno; aquella pavorosa tristeza, aquella plácida melancolía puesto al nivel de mi corazon combatido por el huracan de las pasiones, destrozado por la inflexible mano del dolor, honda impresion causaron en mi alma, hasta el punto de hacer brotar lágrimas de mis ojos.

Y de pronto, como si fuese necesaria una última prueba para salvarme: como si mi corazon necesitase báculo poderoso para doblar sus fuerzas, allá sobre la empinada cumbre de un monte y como si del cielo brotase, sonó una voz triste como la de un peregrino, dulce como la de una fuente, que en lengua vascongada me enviaba esta cántiga:

*Si un año viejo se marcha
 uno nuevo viene ya:*

*mas nosotros nos iremos
para no volver jamás.*

Mi carácter ha sido siempre triste.

Pero confieso que jamás desde entonces me ha hecho canto alguno la impresion que el que acabo de recitar.

Es preciso conocer el canto vascongado, para comprender la melancolía, la religiosa verdad que encierra cada uno de ellos, y sobre todo cantados en una noche silenciosa y entre aquellos valles, paraíso donde permita el cielo cierre mis ojos y encuentre el dulce sueño de la paz y eterno descanso.

Ahora, perdonadme, bellas amigas mías; perdonadme este pequeño paréntesis que nada os interesa, que nada puede enseñaros; pero hay épocas en el corazón humano sobre las cuales es preciso dejar las lágrimas de un recuerdo, como pobre ofrenda de aquellos días que no volveremos á poseer.

Ahora, recibid el vago tributo de la verdadera efusion de mi cariño.

A vosotras, madres que leéis estos renglones, á vosotras me dirijo:

Si sois jóvenes, derrame el cielo en el entrante año sobre vosotras gracias sin fin y próspera vida, para ver un día encanto de vuestros ojos, al hijo que amamantásteis en vuestras entrañas, que abristeis los ojos á la luz de lo creado.

Si ancianas, felicidades completas halleis en sus días y muerte apacible y serena en su seno.

Que no otra cosa puede desearos quien no tiene mas patrimonio en el mundo que su pluma y su buen corazón.

Ahora, si es que no estais cansadas, escuchad. Hace días, á principios de este mes murió en la plazuela de la Cebada, ya octogenario un hombre, á quien por su pobreza se le tuvo que dar sepultura gratis.

Este tal señor vivía con un sobrino, creo que estudiante, pero á quien llenaba de privaciones por su maldita costumbre de ahorrar.

Se acostaba al anochecer; y preguntándole un día un sugeto por qué hacia aquello, le contestó:

Porque Dios ha hecho la luz para ver y las sombras para dormir: y como Dios es mas sábio que los hombres, de aquí el que odie las luces por lo anti-cristianas y superficiales.

Otros días solia mandar añadir un extraordinario á su modesta comida.

Pero apenas llegaba á la mesa, le decia al sobrino:

—Mira, lo mejor será que lo guarden para mañana, por si tenemos mas hambre que hoy.

Escusado es decir que tenían hambre canina. Vivía en fin, en una estrechez espantosa.

Pero le llegó el día.

Y despues de una leve enfermedad, entregó su alma al Señor.

Su sobrino quedó heredero de todo.

Pero de qué? me direis al punto.

De qué?

Pues os lo diré.

De dos millones que tenía ocultos en un escondite á la cabecera de la cama.

El sobrino acababa de heredar ¡cien mil duros!

Esto parece broma: pero os garantizo de su verdad.

Y ya que de muertes os hablo, no pasaré por alto algunas que por lo estrañas y trágicas, merecen particular mencion.

1.^a—Una dama francesa, en relaciones amorosas con un compatriota suyo, tuvo una de esas noches la humorada de ir á uno de los bailes de máscaras, que hace dos meses se están dando en un salon llamado Capellanes.

Ignoro si citada ó enamorada de otro, tuvo allí la proporcion de hablarle: el caso es que lo hizo y que á poco el nuevo galan conducía á su amada camino de su morada, sita en la Carrera de S. Gerónimo, cuarto tercero del café de Iris.

La casa le fué ofrecida; y aceptada la invitacion de subir á descansar, hacia un rato se hallaban juntos, cuando unos golpes en la puerta les hicieron comprender estaban sorprendidos.

Entonces ella sin encomendarse á Dios ni al diablo, abre la ventana, y ¡allá voy! se arroja de cabeza al patio.

Y allí quedó redonda.

Cuando el amante entró, el nuevamente admitido, tuvo la dolorosa mision de mostrarle la catástrofe acabada de ocurrir, mas acaso que por el remordimiento, por una acalorada impremeditacion.

2.^a—Paseando por el Prado en su berlina acompañada de un hijo pequeño la marquesa viuda de Casteldorius; unos ginetes que por el lado cruzaban hicieron caracolear los caballos; por lo que, espantado de pronto el de la marquesa, rompe los frenos y se lanza desbocado.

El niño, sin saber como ni cuando, se arroja al suelo sin hacerse la menor lesion; pero no así su madre, quien cayendo al estrellarse el coche contra un guarda canton, vió pasarle las cuatro ruedas por encima de las piernas.

Como es de suponer, la gente que paseaba y se apercibió de la catástrofe, se apresuró en el acto á prestarle sus auxilios y socorros: y aun cuando en el acto fué conducida á una casa de

la inmediata calle del Sordo, á las dos horas, dejaba, entre dolorosos padecimientos, de existir.

Y 3.^a—Paseando pocos dias despues un carruaje por el paseo de Recoletos la infanta D.^a Josefa, creyendo de pronto que las mulas se habian desbocado y prevenida por la reciente catástrofe de la Casteldorius, abre la portezuela y se arroja á el suelo sin prevencion de ninguna especie, quedando tendida por la impetuosidad del golpe.

La casualidad de pasar en el acto por allí el general Narvaez hizo que este fuera el encargado de auxiliarla, colocándola en el carruaje del capitalista Sr. Calderon, que era el que estaba mas próximo y en el cual fué conducida á su morada.

Parece sin embargo que las contusiones recibidas, no ofrecen por ahora peligro de ninguna especie.

Ved si el tal mes ha dado que llorar y que decir.

Por lo demás, los principales acontecimientos se han operado bajo la influencia del natalicio del príncipe de Asturias.

El bautizo se verificó el dia 7 á las tres de la tarde en la capilla de Palacio, siendo su padrino, en nombre de su Santidad, Monseñor Barilli, su nuncio apostólico.

El oficio divino estuvo encomendado al Sr. Arzobispo de Toledo primado de las Españas, á quien auxiliaron el Patriarca de las Indias, y los arzobispos de Sevilla, Burgos y Cuba, acompañados de un gran número de prelados españoles.

El Real cortejo se componia de todo lo notable que por su dignidad ó posicion, tiene derecho á participar de estas régias solemnidades.

El recién nacido, previas las correspondientes ceremonias, recibió en el acto los nombres de Alfonso (duodécimo de este nombre) Francisco, Juan de la Concepcion, Fernando, Pio, Gregorio.

Poco despues, el rey, recibéndole en la régia cámara, le condecoró con el Toison de Oro y demás órdenes españolas.

Concluido lo cual se arrojaron por los balcones sobre la muchedumbre, profusion de monedas de oro, plata y cobre.

Como es de suponer, dias antes, se hallaban ya en Madrid el nuncio Sr. Barilli y la comision de Asturias.

El primero, padrino del régio vástago, llegó sobre las cinco y cuarto de la tarde.

Entró en un coche particular de la Nunciatura tirado por cuatro caballos, y seguido de una escolta de lanceros con su oficial y trompeta.

Detrás marchaba el de camino conducido por seis mulas con su postillon y conductores.

La comision de Asturias, tambien con otra mision extraordinaria, llegó y puso en manos de la reina las credenciales de su cometido, consistentes en sesenta mil reales en oro, encerrados en una caja de plata, que para la primera envoltura de los príncipes de Asturias, tiene el privilegio de ofrecer aquel pais.

Segun consta casi oficialmente, la reina no saldrá á presentar á su hijo en el templo hasta dos ó tres dias despues de Reyes, estrenando para este acto un vestido de terciopelo carmesí bordado de oro, á la usanza de Luis XV.

Con tal motivo, no hay para qué decir que las fiestas que se preparan serán magnificas.

El Ayuntamiento, la grandeza, los establecimientos públicos, todos se preparan á tomar parte en ellas; todos á disfrutar de estos regocijos, entre los cuales se citan funciones religiosas, torneos por las maestranzas y asombrosas iluminaciones.

El Sr. Jareño, arquitecto del Ministerio de Fomento ha presentado ya á la aprobacion del Ministro, el proyecto de iluminacion que ha de decorar la fachada del Ministerio.

En tanto, anúncianse bailes á diestro y siniestro.

El 20 de Enero dá uno el General Pezuela.

Los duques de Alba parece preparan otro.

Tambien se habla de otro por el Sr. Salamanca.

Los domingos recibe la condesa del Montijo: los lunes la Sra. Patilla y el marqués de Molins: los miércoles los condes de Pomar, marquesa de Espeja y condesa de Maceda y marqueses de Malpica: los viernes la condesa de Torre Alta y los sábados los Señores de Arrangoiz.

Conque decidnos si hay para solazarse con tantísimo recreo.

Los bailes de la *Marquesa de Espeja*, una de las damas mejores de nuestra aristocrácia, prometen ser un verdadero encanto.

¿Y cómo no? Concurriendo á él criaturas como la Señorita D.^a *Mónica Urrutia*, una verdadera perla de la sociedad elegante?

Esto, pues, empieza á ser un *pandemonium humano*.

La aristocrácia está en su elemento.

Todo es para ella objeto de diversion.

Hace pocos dias se verificó el bautizo de los condes de Fernan Nuñez, duques de Montellanos, y nieto de los Señores príncipes Pio y conde de Cervellon.

Para este acto fueron los padrinos en una

suntuosísima carroza, que bien pudiera competir con la mejor de palacio.

Fué padrino el conde de Cerbellon, á nombre de los monarcas.

Al regresar se arrojaron por los balcones de la casa del conde, multitud de monedas, que es probable no dejara la gente reposar en el suelo.

¡Cuántos no las cazarian en el aire!

Estos probablemente serian los mas.

La gracia del dinero está en saber darlo.

El conde de Cerbellon no hay duda en que lo supo dar: pero tambien es verdad que por otro estilo, no dejó de hacerlo con mucha gracia, el autor de la anécdota que voy á referir.

Se trata del emperador Nicolás, padre del actual emperador de Rusia.

El poeta Puschkine, siempre acribillado de deudas, cansado sin duda de la monotonía de no tener dinero, se decidió á probar fortuna; y valido de su inmensa celebridad, hizo encuadernar su tomo de poesías, escribiendo en la primera página de su puño y letra estas palabras:—«Obras de Puschkine, dedicadas á S. M. el emperador Nicolás.»

Y el emperador las recibió en el acto: pero no ignorando tampoco con quien se las habia, hizo á su vez encuadernar un lejajo de billetes de banco, enviándoselo con la inscripcion autógrafa siguiente:—«Obras del Emperador Nicolás, dedicadas al poeta Puschkine.»

Al dia siguiente, S. M. se dió por casualidad con el poeta en los pasillos del teatro: y parándosele delante.

—Y bien, Puschkine, le dijo, ¿qué juicio habeis formado de mis poesías?

—Señor, le contestó el poeta: el primer tomo me ha encantado tanto, que espero el segundo con la mayor impaciencia.

Ya veis, pues, como el dinero está en la manera de darlo.

Y á propósito de dinero.

No es poco el que se ha gastado en el bendito dia de Navidad.

Porque en Madrid este dia no tiene rival acaso con ninguno del mundo.

Una semana antes, ya los chicos empiezan á anunciaros que la Virgen está de parto y que debe de parir, con tal algazara de gritos y cantares, con tal catarata de tambores y zambombas, que es un gusto de Dios.

Por allí un mozo cargado con un inmenso ramillete causa la admiracion de los golosos: por aquí un lacayo con media docena de pavos, reventia de placer á los gastrónomos; por este lado un chico con una anguila de mazapan toledano, alarga dos varas los dientes á los hambrientos; por el otro una mujer con media do-

cena de botellas alegra el espíritu á los *espirituales*: por todas partes, en fin, la bucólica y solo la bucólica, os dice lo que en tal dia se hace en el mas infimo albergue de la coronada villa.

Dia de Navidad: (debía decir el calendario).

Es un dia clásico dedicado á la familia, excepto en la corte de España, donde solo se dedicará á pasarlo *familiarmente*, comiendo y bebiendo, sin otras penas que no sean las consiguientes á esta clase de familiaridad.

Porque lo que aquí se hace es horrible.

Llega Noche buena.

La de este mes por ejemplo.

El cielo estaba sereno como un corazon de niño y la noche templada como la conseja de un anciano.

A las seis empezó la algazara.

Grupos de diez, quince y veinte personas de ambos sexos invadiendo todas las calles, empezaron á anunciar la próxima llegada del Salvador al mundo.

Pero! de qué manera, Dios mio, de qué manera!

Lleva cada mujer en la mano izquierda un tremendo pandero y en la derecha un palillo: y apenas una de ellas canta con desentonada voz una aberracion de redondilla por el estilo de esta:

Esta noche es Noche buena
y mañana navidad,
si la vírgen pare luego,
me voy mi novio á buscar.

Empieza una de panderetazos, que es imposible lo hiciese nadie que no fuese la gente que tiene por solemnidad comer *puches* en Todos Santos y masticar *bellotas* en S. Eugenio.

Válate Dios! y que cosas tienen los madrileños!

A las doce, sin embargo, la cosa toma un aspecto, que se la doy al mas pintado para sufrirla.

Concluida la misa de gallo derrámanse por las calles á manera de rio, en creciente ú horda de salvajes, una turba tan fuerte, tan vacilante, tan compacta, que antes de dar con ella mas vale dar con un guarda canton ó de cabeza en una noria.

Qué gritos! qué ruido! qué algarabía! qué cantares!

Por donde quiera que vayais, donde quiera que os oculteis, allí os perseguirá el ruido; allí participareis de la atropellada alegría de los heroicos habitantes.

¡Qué fanatismo por divertirse!

La Plaza Mayor, sobre todo es lo que hay que ver.

Montes inmensos de naranjas, granadas, higos, jaleas; pan amasado con arena á que llaman turrón de jigona: anguilas llamadas por antonomasia *maza-pan*; porque efectivamente, son de pan amasado: pañuelos de la india, lien-zos, zambombas, rabeles, nacimientos para chicos con muñecos de tierra que no parecen sino pedazos de puchero roto: un mundo en fin de todo, todo barato, todo detestable, todo al por-menor.

Entrar allí, es entrar en aquellos famosos alquileres donde Satanás montado en la pala del carbon, en una escoba vieja, ó en un asno enfermizo y moribundo, iba á colocarse en un trono para presidir al banquete infernal, donde se servían esquisitos platos de sapos, reptiles venenosos y otras especies apetitosas y tier-nas, y despues del cual se entregaban á toda clase de escesos y libaciones, hasta que el canto del gallo les ahuyentaba como sombrías emanaciones.

Pues esto, comparado con la algarabía de la Plaza Mayor, es un niño de pecho al lado del famoso coloso de Rodas.

¿Pues y las Pascuas?

Ápenas el lucero del alba se le antoja abrir las puertas á la aurora, que así nunca lo hiciese, cuando la campanilla de las casas empiezan á conmoverse, como si un temblor de tierra las agitase, ó como dama con un ataque de nervios.

Es el aguador.

—Buenos días, señurita; ahí tiene V. esu.

Y os endosa un papel, donde en renglones impresos y como queriendo ser versos, os felicita las Pascuas.

Medio duro al aguador.

Pero tras este, llega el sereno y el repartidor de periódicos, y el limpia botas, y el barbero, y creo que hasta el diablo en figura de felicitador de pascuas.

Y donde quiera que vayais, donde quiera que entreis, donde quiera que vuestro pié se pose, allí os acometen, allí os paran, allí os felicitan las Pascuas.

¿Qué de dinero!

Llegais á tener miedo, y á jurar no salir de casa en tanto los *pascueadores* puedan hacer de las suyas.

Es una cosa verdaderamente horripilante.

En tanto las diversiones se multiplican como los hongos.

Los teatros especialmente se han despachado á su gusto.

Funciones exuberantes, con bailes, música, canto, hombres con faldas y mujeres con calzones; de todo ha habido; de todo se ha disfrutado á priori y posteriori.

¿Pues y los paseos?

Que de gente, santo cielo, que de gente!

Y qué trajes!

Hay épocas en que las mujeres están dejadas de la mano de Dios.

Y esta es una de ellas.

Han dado en llevar unos levitones ceñidos, de paño ó de terciopelo, tan largos, tan extraños, tan feos, tan anti-elegantes, que no vacilo en asegurar son toda la aberracion del buen gusto: todo lo churrigueresco de la elegancia.

Os lo confieso: no puedo ver á una dama con estas especies de apaga-luces, (que de eso tienen la forma) sin soltar una carcajada con todas las veras de mi alma.

¡Cuánto mejor no está un manton, ó un abrigo, aun cuando sea de conchas de galápagos, mejor que esos extraños y fatídicos levitones!

Por ejemplo; los abrigos cuya reseña os prometí y que ya he debido á la bondad de la Sra. Palma.

Helos aquí.

El primero.

Abrigo de casimir blanco llamado *argelino* para salir del baile.

Su forma es de tres puntas *guaté de gró blanco* con un fleco al rededor de pelo blanco de cabra de Angola, con borlitas de color rosa de trecho en trecho; y un pañuelo de tres puntas del mismo color blanco, igualmente de casimir, con el cual se cubre la cabeza.

Este pañuelo no lleva forro y va unido al abrigo principal por el cuello.

Albornoz árabe de lana blanca, de una pieza con capucha sin forro, cinco borlas de seda floja blanca en el pecho, y tres en la capucha.

Si vierais que preciosas están algunas con ellos?

Pero los gabanes... los gabanes..!

Tendrán sin fin de primores: pero á mí no me engatusan; pues me parecen, señores, que van cuantas ya los usan metidas en andadores.

No los lleveis, y así os amará hasta el entrante año.

SEBASTIAN DE MOBELLAN.

Ligero estudio a favor del bello sexo.

A ADELAIDA M... DE P...

I.

Nada importa que hombres pertenecientes

al vulgo ignorante, ó que otros cultos, pero maldicientes, desestimen y vituperen á las *mujeres en general*. Nada importa, repetimos, porque ahí está la historia de todos los tiempos que hablará con elocuencia en su favor. Nosotros nos proponemos hojear esta historia á fin de consagrar el fruto del estudio que va á encerrar este articulito en obsequio y desagravio del bello sexo, el cual nos hará gracia de lo incompleto del trabajo, en cambio de la sana intencion y de la galantería que encierra el pensamiento.

¡Cuántos hombres han existido y existen, que sin embargo de pintar con fealdad los defectos de aquel sexo, son los mas solícitos en grangear su agrado!

Eurípides que trató muy mal á las mujeres en sus tragedias, era amantísimo de ellas en particular, es decir, que las execraba en el teatro, y las idolatraba en el aposento. ¡Cuántos Eurípides no conocemos nosotros en el día!—¿Qué misterio es este?—¿Habrà tal vez alguno que venga con injuria la repulsa de los ruegos?—Hombre hay tan malévolos que será capaz de decir que una mujer no es buena, solo porque ella no quiso ser mala.

No negarèmos los vicios de muchas (1), y aun de la mayor parte de estas si se va á averiguar el origen de sus desórdenes, se hallará en el porfiado impulso de nuestro sexo.

¿Queréis que sean buenas todas las mujeres? Corregid á todos los hombres.

Puso naturaleza en *ellas* por antemural la *vergüenza* contra todas las baterías del apetito.

Vulgarmente oímos sentar esa proposicion de mucho ruido y de poca verdad, á saber: que Eva perdió al mundo, y la Caba á España.

Lo segundo es absolutamente falso. El conde Don Julian fué quien trajo los moros á España sin que su hija se lo persuadiese; no hizo mas que manifestar al padre la afrenta... ¡Desgraciadas mujeres si en el caso de que un insolente las atropelle, han de ser privadas del alivio de desahogarse con el padre ó con el esposo.

Tocante al primer ejemplo, si prueba que las mujeres en general son peores que los hombres, prueba del mismo modo que los ángeles en comun son peores que las mujeres; porque así como Adan fué inducido á pecar por una mujer, la mujer fué inducida por un ángel; y en fin, sobre quién pecó mas gravemente si

Adan si Eva, los padres están divididos.

II.

Pasemos de lo moral á lo físico.—La preferencia del sexo robusto sobre el delicado se tiene por pleito vencido, y no ha faltado quien haya escrito (2), que la naturaleza en la obra de la generacion siempre pretende varon, y solo por error produce hembra.—Pero esto físicamente no puede ser.... porque seguiríase de aquí que la naturaleza intentaria su propia ruina....

Aristóteles decia que las mujeres eran animales defectuosos, y fué inicuo con ellas: naturalmente las miraria con desvío? Nada menos que eso: no solamente amó con ternura á dos mujeres que tuvo, sino que le sacó tan fuera de sí el amor de *Pithais*, que llegó el delirio hasta quemarla incienso como á deidad, y Teócrito afirma que tuvo insanos amores con una doméstica.

Por otra parte vemos destacarse á Zacuto Lusitano con su libro titulado *Morbis Mulierum*, en cuya introduccion pretende hacer creer la perfeccion física de aquel sexo sobre el nuestro.

Esto además de parecernos exagerado se desvia de nuestro propósito, que es demostrar, no la ventaja, sino la igualdad de ambos sexos.

En tres prendas que hacen notoria ventaja á las mujeres parece que se debe la preferencia á los hombres:

Robustez,
Constancia, y
Prudencia.

Pero, aun concedidas por las mujeres estas ventajas, pueden pretender el empate señalando otras tres prendas en que esceden ellas:

Hermosura,
Docilidad, y
Sencillez.

Y sobre esta la mas hermosa cualidad de todas, la *vergüenza* ó *pudor*, gracia en ellas tan característica que, segun *Plinio*, ni aun despues de muertas las desampara, pues observó que los cadáveres de los hombres anegados fluctúan boca arriba, y los de las mujeres boca abajo.

La vergüenza es una valla que entre la virtud y el vicio colocó naturaleza: es sombra de la virtud, carácter de las bellas almas, y San Bernardo la llama "piedra preciosa de las costumbres, antorcha del alma púdica, y hermana de la continencia."

(1) Pues por desgracia hay que lamentar Brunequillas y Margaritas de Borgoña.

(2) Almarico, doctor parisiense del siglo XII, cuyas obras prohibió el Papa Gregorio XI.

III.

Hemos señalado á grandes rasgos tales ventajas de parte de las mujeres que equilibran las cualidades en que esceden los hombres.

Pues hay mas: sobran mujeres que han poseído cualidades que hemos señalado como peculiares á los hombres, v. gr.: *prudencia política*.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Sr. Don F. G.: *Mahon*.—Queda V. suscrito y remitido por el correo el regalo.

Sr. Don G. S.: *Sevilla*.—Idem, idem, así como el n.º que reclamaba.

Sra. D^a M. L. de A.: *Logroño*.—Idem, idem, como igualmente los 13 primeros números del pasado año y el Almanaque Profético.

Sra. D^a C. M. L.: *Montellano*.—Queda V. anotada por 3 meses.

Sr. Don F. de la V. y B.: *Sta. Marta*.—Idem, idem, igualmente el Almanaque y en cuanto á los números que le faltan, tan luego pase la nota le serán enviados.

Sr. Don J. H.: *D. Benito*.—Queda V. suscrito por un año. Debiendo remitir para abono de los meses de Febrero, Marzo y Octubre que se le han enviado 21 rs. en sellos ó en libranzas. El regalo fué puesto en correos hace días.

Sr. Don J. P. *Vich*.—Queda renovada la suscripción por 3 meses á favor de quien indica. Los dos Almanaques Proféticos fueron enviados; será V. complacido en lo demás que solicita.

Sr. Don J. C.: *Valencia*.—Cuanto se servia pedir le ha sido remitido.

Sra. D^a C. de L. y P.: *Córdoba*.—Queda renovada su suscripción y el regalo remitido al corresponsal de esa Don F. L.

Sra. D^a R. C. y L.: *Córdoba*.—Idem, idem.

Sra. D^a C. S. M.: *Peralta de Navarra*.—Queda V. suscrita por un año, y enviado el regalo respectivo á 1857 y 58.

Sra. Vda. de D.: *Almería*.—Se le ha duplicado los cuadernos de Diciembre, puesto que á algun aficionado se le antojaron.

Sra. D^a M. del R.: *Ronda*.—Suscrita por 3 meses.

Sr. Don J. R. M.: *Montellano*.—Idem, idem.

Sr. Don A. L.: *Barcarota*.—Idem, idem.

Sr. Don G. B.: *Tortosa*.—Idem, idem.

Sr. Don F. B.: *Besalú*.—Remitido el Almanaque.

Sr. Don D. E.: *Falces*.—Suscrito por un año y servido el regalo.

Sr. Don J. F.: *Algeciras*.—Suscrito por un año y el regalo en poder de Don R. de M.

Sra. D^a D. S., D^a L. M. de M. y D^a J. C. de R. *Algeciras*.—Suscritas por 3 meses.

Sr. Don M. de B.: *Palma del Rio*.—Es conforme lo que se sirve manifestar.

Sr. Don I. de D.: *Vich*.—Suscrito por un año y remitido el regalo.

SUMARIO.—*La mujer, estudios morales por Doña María del Pilar Sinués de Marco.*—*Los tartufos de hogaño, romance por D. Manuel Breton de los Herreros.*—*La dama del Omnibus, por D. Victoriano Martinez Muller.*—*Las flores para la Virgen, por D. Carlos de Trueba.*—*Las siete virtudes capitales, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.*—*Nuevo manual de señoritas.*—*La Pascua de Navidad, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Reapertura del Teatro Principal, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Modus de París, por la Vizcondesa de Renneville.*—*El canto de los helenos, novela traducida por D. Eugenio de Ochoa, conclusion.*—*La Romería, por D. Antonio de Trueba.*—*Revista de Madrid, por D. Sebastian de Mobellan.*—*Ligero estudio á favor del bello sexo, por D. Pedro de Prado y Torres.*—*Correspondencia.*—*Geroglífico.*

LAMINAS.—*Figurin de vestidos para señoras.*—*Hoja doble de patrones y bordados.*—*El almanaque en policromía que teníamos ofrecido.*—*Dibujo á dos tintas.*

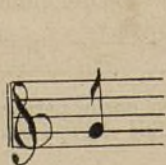
Solucion del geroglífico anterior.

La bella Granada tomó el nombre de una doncella.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.



Ayuntamiento de Madrid